

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835) ⁽¹⁾

Por J. Agustín Chaho

Traducido por «MARTIN DE ANGUIOZAR»

(Conclusión)

VIII

LA BIBLIOTECA

La más cordial acogida nos esperaba en Goizueta en casa de un amigo del boticario, donde hallamos a la familia de un oficial guipuzcoano llamado Gaztañaga, y miembro, según creo, de la *Diputación a guerra* de esta provincia. La hospitalidad amable de que fuimos objeto forma parte de los más agradables recuerdos de mi viaje.

La fatiga y la impresión del aire frío me habían entumecido y luchaba contra un sueño irresistible al entrar en la sala de recepción cuyas paredes blanqueadas no tenían para ocultar su desnudez más que unos malos grabados franceses representando las cuatro estaciones. La habitación estaba mejor adornada por una reunión de

(1) Una vez más advertimos que la reproducción de éste y de otros trabajos antiguos la hacemos a título de información, sin que el traductor, ni la REVISTA se hagan solidarios de los errores y notorias exageraciones que, con demasiada frecuencia, contienen.

Los puntos suspensivos indican los pasajes no traducidos.

Además, es de observar que, especialmente en números anteriores, se han suprimido o atenuado palabras o conceptos que la Censura no hubiera dejado pasar. (La Redacción).

damas, cuadro viviente de poesía, en que más de una joven ingenua y riente significaba la primavera, y en que más de una linda mamá recordaba la estación de los frutos. Un bardo montañés que hubiera entrado en la sala no dejaría de comparar el círculo femenino a un grupo de estrellas brillantes o a un jardín de variadas flores que el céfiro balanceara sobre sus tallos. He descrito precedentemente el traje de las Vascas; el color negro domina en él, pero su fisonomía vivaracha, la elegancia de su tocado, sus pendientes de orejas largos y relucientes que se agitan siguiendo las posturas coquetas y movimientos graciosos de sus cabezas, cambian en adorno su velo monástico quitándole su significación religiosa. La situación física y moral en la que me hallaba, me hizo en aquel momento insensible a los encantos de la más amable de las conversaciones. Me contenté con saludar en silencio a las damas, yendo a acampar en una silla de la extremidad del cuarto, donde no tardé en adormecerme mientras el boticario, perfecto caballero, rendía honor al bello sexo y a los buenos vinos y refrescos que le fueron servidos.

Para las damas vascas es una ley el no importunar con preguntas o con su charla a los huéspedes forasteros que la casualidad las conduce. El amigo que acompañáis expone vuestro nombre en alta e inteligible voz, como para demostrar que no sois hombre sospechoso, y no entienden de inquirir quien podéis ser antes de haberos tratado con miramiento y cortesía. Encontráis en todas las caras expresión de franqueza y de bondad, sin que podáis experimentar la menor contrariedad, bastándoos una actitud grave, decente y pasiva, tan favorable a la observación. Se os permite callaros y respirar tranquilamente, puesto que os veis libre, por lo menos en apariencia, del yugo de la etiqueta, insoportable para los hombres tímidos y para aquellos a quienes la naturaleza no ha dotado exteriormente de las ventajas frívolas que agradan al primer golpe de vista.

Las maneras más seductoras no pueden excusar entre los Vascos la desenvoltura del alma o del espíritu, porque revela al hombre sin juicio, o al falso y elástico cuyas muecas, como las de un comediante, obedecen a la voluntad y a la costumbre independientemente del sentimiento real. La cortesía del Vasco viene del corazón: franca y jovial, no excluye una reserva llena de sagacidad, que el Euskaldún adquiere de su dignidad patriarcal y de su fineza de montañés; un aspecto de abandono oculta ese tacto vigilante, a pesar de la impetuosidad de su carácter y el entusiasmo de su imaginación poética.

Las damas vascas saben aliar la curiosidad femenina con la cortesía en uso y la modestia que les es peculiar. Por poco que el exterior y la fisonomía de un huésped las inspire interés, no dejan nunca de informarse con habilidad de todo lo que le concierne, entreteniéndole con elección de motivos que juzgan de su agrado. Si oyen pronunciar vuestro nombre, aparentan menos aprenderlo que recordarlo. El guerrero y el poeta, cuya alma se nutre de estimación pública y de gloria, se preservan difícilmente de la ilusión, y su amor propio se rinde engañado al aire persuasivo que saben dar a un cumplimento diestro. Desde ese momento le es a V. permitido un conocimiento más amplio, y las relaciones con ellas toman un sesgo familiar e íntimo. No le designaban al principio sino por la palabra *jaun*, o señor, en tercera persona, pero vuestro nombre obtiene su vez para dejar paso luego al de pila. Pronto desaparece el Don que les acompañaba, y viene V. a ser sencillamente Agustín Pedro, José, etc.: no se hablaría de otro modo de un hermano o de un amigo íntimo. Este lenguaje afectuoso, animado por una mirada afectuosa, no revela sino la franqueza natural de un alma amante y la sencillez de la inocencia, no debiendo buscarse en ello un reflejo del viejo cristianismo sino la fraternidad primitiva del pueblo euskariano.

Las Vascas no tendrán quizás la belleza de las Andaluzas, pero compensarían esa ligera desventaja con una alegría más espiritual, con gracias más finas, con el gusto perfecto de su tocado y con una limpieza exquisita de su persona, que las damas castellanas no imitan siempre. Lo que eleva a las Vascas sobre las demás mujeres de España en un espíritu exaltado de nacionalismo, reconociéndose en ellas el ser divino al cual nuestros antepasados consagraron primitivamente un culto de amor y el homenaje religioso que las vírgenes de Iberia compartían solas con el gran IAO.

Los Bárbaros, para quienes el derecho residía en la fuerza y cuya espada estaba más afilada que su espíritu, arrancaron a la mujer su corona de flores. El Euskariano divinizó el imperio de la belleza, y los mismos Cántabros, al adoptar los mitos de la idolatría céltica, no olvidaron alzar altares a las *Damas* o *Dominadoras*. Si el hombre vidente expresa en su verbo inspirado, en su palabra improvisada, la luz celeste; si, rey del globo por su genio y por sus armas, es realmente la más perfecta de las encarnaciones terrestres, ¿qué ser merece mejor que la mujer ese lazo de amor que le une a Dios? Pero aquí me hundo involuntariamente en las profundi-

dades de una filosofía teogónica poco familiar al lector francés. Reanudo el hilo de mi narración.

Me hallaba aún dormido sobre una silla cuando a la hora de cenar el boticario me llamó con voz sonora y vibrante. Nos pusimos a la mesa; los ruidos de los platos y el buen humor de los invitados me despertaron del todo. Oí hacer elogio de los Navarros de la Edad Media, a los cuales su apetito excelente dió el sobrenombre de *grandes comilones*. Se contó que tras un desayuno copioso, volvían a reanudarle a las once para obedecer a lo que llamaban divertidamente en lengua romance *la ley del reino*. Comían a la una con el mismo apetito que si no hubieran tomado nada por la mañana, y se ponían otra vez a la mesa a las cinco, para luego cenar a las diez, comiendo como el hombre de Horacio, para beber otro tanto. Estrabón refiere que en su tiempo los Vascos hacían sus comidas acompañadas del son de instrumentos de música. Los convidados se sentaban alrededor de una larga mesa dispuesta en forma de media luna. Los viejos, los magistrados, los guerreros más distinguidos ocupaban los primeros sitios. Muchachas estaban empleadas en el servicio y, detrás de ellas sobre un estrado, se veían a los músicos y cantores. El festín terminaba con la improvisación de los bardos y alegres danzas. Estrabón ensalza la gracia y agilidad de los danzantes, que se doblaban hacia atrás hasta tierra para alzarse en cadencia con tanta elasticidad como vigor. El catolicismo abolió gradualmente las fiestas sociales que los euskaros de la montaña conservaban de sus antecesores, siendo raras sus comidas públicas, que han perdido pompa y prodigalidad. De todos modos, los Vascos siguen siendo alegres y aficionados a grandes festines, diferenciándose en esto, como en todo, del Castellano moroso, que vive sobriamente, silencioso y retirado.

El elogio de Zumalacarregui ocupó casi toda la conversación durante la cena, y se citó entre el número de sus buenas cualidades como jefe y como soldado, la costumbre que había contraído de someterse a las mayores fatigas sin tomar alimento alguno, restaurándose *guapamente* sin hallarse nunca incomodado por una larga abstinencia o por exceso de buena comida. Viriato y Pelayo fueron nombrados como modelos en este aspecto; pero quedaron de acuerdo en que ninguno de estos grandes hombres podía ser comparado al rey Sancho Abarca, que perseveraba diez días enteros en voto de privarse de todo alimento hasta que consiguiera alguna gran victoria sobre los Moros, para después devorar un cordero asado,

bebiendo sin respirar un *cántaro* de excelente vino de Tudela; unos diez litros, medida francesa. La *abarka* es un calzado vasco que D. Sancho llevaba habitualmente y que ha provisto el apodo que este monarca recibe en la historia; está hecho de piel de cordero y se sujeta alrededor de la pierna (25). Fenelón lo ha descrito al hablar de los antiguos Iberos.

Por fin nos levantamos de la mesa y pedí permiso para irme a acostar. Al entrar en la habitación que me fué preparada, noté una pequeña biblioteca que me propuse revisar al día siguiente después de haberme recuperado de las malas noches que pasé desde mi salida de París. Me esperaba un lecho que debo citar en reconocimiento del sueño verdaderamente olímpico que me deparó. Los cantos de los pájaros me despertaron. Las fibras de la cabeza escapadas a la acción magnética del sueño despejan el pensamiento que parece renacer y surgir rompiendo los obstáculos que le envuelven. Experimenté un sentimiento íntimo de calma y bienestar, y no olvidaré en mi vida aquel instante delicioso.

Están muy aproximados los montes que encierran a Goizueta en una garganta profunda; sus bosquillos sirven de asilo a una multitud increíble de pájaros cantores para quienes la primavera había ya comenzado, aunque los árboles y los brezos estuvieran aún desprovistos de verdor. Esos pequeños músicos no dejan nunca de saludar con gorjeos a la aurora, cuyas salves alegres se prolongan hasta salir el sol. Escuchaba desde mi cama dos cantos distintos, el uno muy cercano, el otro más alejado y que salía del extremo opuesto del valle. Se respondían regularmente ambos y se confundían por intervalos en concierto universal. Me figuraba que un pastor euskariano, errante por los montes, había alzado su tienda durante una noche en el fondo de la cañada y, que asombrado al despertar por las mismas impresiones que yo, resolvió fijar allí su residencia dando al lugar el nombre fresco y matinal de Goizueta, que lleva la aldea. (*Goiz* designa la mañana, y la terminativa *ueta* expresa repetición, número, armonía). El día crecía por grados; sus claridades, penetrando en mi cuarto a través de las persianas cerradas, resbalaban sobre imágenes de santos y obispos suspendidas en las paredes, así como sobre los surcos polvorientos y ennegrecidos de la pequeña biblioteca de que he hablado ya. Abrí mis ventanas:

(25) Hemos tratado de este monarca épico, que un historiador denomina el Anibal navarro, en nuestra novela corta titulada «Sancho Abarca» y que se refiere a la leyenda del Jaizkibel («M. de A.»).

el aspecto de Goizueta justifica los rientes pensamientos que su poético nombre despierta en el espíritu, y se notan varias casas que dominan a las demás y que se distinguen por su arquitectura. Pertenecen a *Indianos*, clase de rentistas que debo hacer conocer al lector.

El *Indiano* vasco suele ser un segundón de familia, enriquecido por su comercio en América, donde habrá pasado la mayor parte de su vida. Joven, dejó la casa paterna y la Vasconia, provisto de una carta de recomendación para algún rico compatriota establecido en las colonias. Un poco de geografía y aritmética, el vivo deseo de tener éxito y el conocimiento imperfecto de la lengua castellana, eran los recursos sobre los cuales fundaba la esperanza de su fortuna. Relatos exagerados le habían pintado la tierra indiana como un magnífico *Eldorado* temible para los Europeos a causa de su clima febril y devorante. Simple dependiente durante mucho tiempo, mereció por su inteligencia y por su actividad ser puesto a la cabeza de alguna plantación de azúcar o de tabaco. No fué demasiado duro para su rebaño de negros, obtuvo algunas ganancias, traficó por su cuenta, recorrió los mares afrontando tempestades y se hizo rico. No se había jamás apagado en su corazón de Vasco el amor al país natal; ni el afecto hacia alguna mulata le hizo olvidar el de las jóvenes de Navarra, compañeras de su adolescencia, haciendo que el recuerdo de los graciosos valles de los Pirineos convirtieran en intolerables los ardores de un cielo extranjero. Regresó a sus montes queridos para construir la casa más hermosa de la aldea, a veces hasta un palacio, cuya arquitectura moderna contrasta con los castilletes-fuertes de nuestros antiguos Ricombres. El *Indiano* no propala pretensiones aristocráticas y posee maneras sencillas y gustos fáciles, agradándole hablar de su familia pobre a quien ama y de la que no se avergüenza. Su tez se ha hecho amarillenta, el cuerpo seco, y lleva bastón con empuñadura de oro. Bebe licores y café, se pasea constantemente, y fuma para ahuyentar el fastidio.

El vehículo energético de todos los desenvolvimientos sociales es la necesidad subordinada a las leyes multiplicativas de la especie humana. Nuestros bardos improvisadores, cuando quieren complimentar a las Vascas acerca de su fecundidad, las comparan al manzano. No es raro ver un montañés de sesenta años contar alrededor de su mesa rústica dos veces el número de los hijos de Jacob, y aún más. La guerra devoraba antiguamente ese lujo de población, que no hubiera dejado de dar fama a nuestras pequeñas regiones.

Los siglos de paz que siguieron a la expulsión de los Moros favorecieron su crecimiento. Como los productos de la agricultura y los rendimientos de los rebaños habían llegado a ser insuficientes, los Vascos se dedicaron al comercio e intentaron expediciones marítimas que tuvieron por resultado la conquista de las Canarias y el descubrimiento de América. Organizaron inmediatamente las pesquerías de Terranova y ligaron su comercio de cambio con los pueblos del Canadá. Sus establecimientos en el Sur son bastante conocidos para que me dispense de enumerarlos. Su lengua se encuentra aún hoy, bastante extendida y es tal vez de todas las hablas europeas la que ha proporcionado más denominaciones a la geografía moderna de América.

El Vasco obtuvo del hombre rojo la estimación y la confianza que los Indios negaban a los demás Españoles. Existían diversos puntos de acercamiento entre el Euskariano, hijo del Sol, y los Incas, y sus lenguas ofrecían notables analogías resumiendo con inspiración la alta poesía de las civilizaciones primitivas, que se traduce en mitos ingeniosos en la literatura alegórica de los Aztecas, en el culto panteísta de los Bramas y en la religión de los Magos, sectarios de Mizra. El Vasco y el Indio poseen el mismo giro de ingenio y de imaginación. Guerrero como el Canadiense tártaro, el Euskariano poseía como aquél la santidad de la venganza y el respeto a los muertos, viendo sin asombrarse al Iroqués y al Hurón alzar el hacha de armas como señal de los combates, y reconociendo en la caldera del jefe Mingo la que dibujaban los Ricombres de Navarra en sus estandartes. Admitido a sentarse entre los sabios indios alrededor del *Fuego del Consejo*, el aborígen de la Vasconia creyó volver a ver el *Bilzar* de los ancianos pirenaicos, y el montañés de Oriente fumó gravemente con los Salvajes el calumet de paz.

Lejos de imitar a los Castellanos, los Vascos se mostraron amigos de los Indios, sin separarse de la humanidad en que el virtuoso Las Casas vino a ser tipo sublime. El sentido justo de nuestros montañeses venció a las sugerencias infernales del fanatismo religioso. (?) La estrechez teológica de los monjes castellanos, la árida sutileza de su genio sofista y la ignorancia profunda de los Vándalos y de los Godos, que marchaban bajo sus banderas, no podían soportar comparación con la inteligencia superior de las civilizaciones americanas y la riqueza de su desenvolvimiento artístico.

.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Las memorias contemporáneas nos han transmitido el nombre del Guipuzcoano De Aguirre, cargado de una crítica severa, muy merecida por los furores de este salvaje aventurero (26). Habitó mucho tiempo en Lima, donde murió su mujer dejándole una hija única de dieciséis años, dotada de rara belleza. Aguirre rumiaba ya en su espíritu designios tales que solo el genio vasco puede concebir. No proyectó nada menos que arrojar a los Castellanos del Perú, rindiendo a ese magnífico imperio su antiguo lustre y su independencia, así como reservar para su hija el resplandeciente trono de los Incas. Aguirre amaba entrañablemente a su niña, y este sentimiento le hace menos odioso, extendiendo mayor interés al drama tempestuoso de su vida.

El marqués de Cañete, virrey del Perú, había encargado a don Pedro de Ursua, gentilhombre navarro, de explorar la navegación del río Marañón, inquietada por la tribu guerrera de los Omaguas. En la primavera del año 1559, Ursua salió del Cuzco con mil doscientos hombres. Aguirre se unió a la expedición, excitando pronto un *alboroto* en su tropa para asesinar a D. Pedro y hacerse proclamar emperador por los soldados (?). Se vanagloriaba de poder resistir a las fuerzas que el virrey no podía tardar en enviar contra él. Una marcha rápida y acertada debía conducirle bajo los muros de Quito, y un golpe de mano podía hacerle dueño de la capital. Cumanes, Caracas, Santa Margarita, Venezuela sirvieron sucesivamente de teatro a los furores de sus bandoleros. El poeta Alonso de Ercilla se puso en camino para combatirlo, diciendo que aquel monstruo deshonoraba a la Vasconia y que quería vengar a su tierra. Nadie ignora que el gran hombre era Vizcaíno. Supo al llegar a Panamá que el ejército real bajo las órdenes de García, de Paredes había derrotado a Aguirre en Tucuyo, viéndose el fogoso rebelde abandonado por sus bandidos, que tomaron la fuga tras débil resistencia.

(26) El malogrado escritor Segundo de Izpizua ha estudiado de modo interesante la actuación de este personaje (N. del T.).

He leído en una publicación francesa titulada *Anécdotas americanas* que el Guipuzcoano, cercado por todas partes, se defendió con rabia de león, y que la presencia de su hija, que no se había separado de él, exasperó su desesperación cuando bañado en sangre y cubierto de heridas iba a sucumbir. Volviéndose hacia su hija dijo: «Tu honor y el mío no quieren que vivas para ser víctima de nuestros enemigos. ¡Muere por la mano de tu padre!». Con estas palabras y apoyando su carabina en la garganta de la desgraciada, la hizo caer moribunda a sus pies. Le decapitaron el mismo día y sus miembros fueron desuartizados.

La revisión de la biblioteca vasca ocupó agradablemente mi mañana hasta la hora de la comida. El primer libro que me cayó a mano fué el *Gueroco guero* del elocuente Axular. Este sacerdote, de origen vascón, vió el día en Gascuña (27). Hacía falta a su ardiente patriotismo el país natal de, sus antepasados, y vino a establecerse en Laburdí a los treinta años, consagrando algunos años al estudio de la lengua nacional en que debía adquirir en seguida reputación de orador y escritor. Su libro publicado en 1640, prueba hermoso talento, gran ingenio, fineza y erudición. Es singular que Axular, descartando cuidadosamente las cuestiones de mitología católica y de fe (?), no haya hecho sino un tratado de moral universal en que invoca por turno a San Agustín y Platón, Ovidio y la Biblia, Jesucristo y Sesostris. Ha mezclado en su libro todos los dialectos vascos, como hizo Homero con los dialectos helénicos. El estilo de Axular es original, rico, variado, pintoresco; pero su frase precisa pulimento y armonía, y el autor no ha rechazado con bastante Severidad los términos romances que se hallan aliados a nuestro idioma alterando su pureza.

Axular se proponía dedicar su obra a Bertrand d'Etchauz, arzobispo de Tours, último retoño varón de una antigua familia de la sangre real de Navarra, con la cual están aliadas las casas de Harispe y de Belsunce. Este prelado murió antes de la publicación del libro. Axular tuvo la feliz idea de dirigir su dedicatoria al noble difunto, y ella constituye una pequeña obra de arte de sentimiento, elevación y poesía. No deja de exaltar el rasgo del vizconde de Etchauz

(27) Puede remitirse el lector al estudio titulado «Axular y su libro», publicado por D. Julio de Urquijo en la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, donde quedan aclarados todos los extremos referentes a la patria, origen, apellido, etc., del famoso escritor euskaldun (N. del T.).

desenvainando su sable en las cortes de Benabarre y jurando castigar con su mano a quienquiera osare elevar la voz en favor de la religión reformada. Se cita un rasgo parecido del vizconde de Bel-sunze. «¡Quien me quiera, que me siga!», decía con altivez. Se trataba de rechazar a los religionarios de Bearn, que acababan de intentar una irrupción en las regiones vascas, queriendo pillar la villa de Saint-Palais. Uno de sus predicadores se había adelantado hasta Mauleón, en Zuberoa. El escudero Maytie le impuso silencio en la iglesia y, poco después, Maytie, envuelto en su capa, cruza rápidamente el templo, saca un hacha que llevaba escondida y del primer golpe derriba el púlpito y el predicador.

Mauleón ha dado nacimiento al docto Enrique Sponde, continuador de los *Annales* de Baronius. La misma villa se honra de haber sido cuna del historiador Oyhenart, cuyo nombre me atrevo a reivindicar como una ilustración de familia. Era abogado del Parlamento de Navarra. Tenemos de este autor una selección de *Proverbios vascos* y una colección de poesías, notables por su ágil giro, ingénuo y gracioso. Se titulan *Oihanarten gaztaroa*, Juventud de Oyhenart. Su *Noticia de las dos Vasconias*, escrita en latín con estilo fácil y puro, le ha merecido un lugar distinguido entre los historiadores y críticos. El gusto claro que presidía a sus investigaciones y elección de exposiciones merece convertirse en autoridad.

Zuberoa o Soule ha producido a Bela, modesto escritor que los desvíos de una juventud borrascosa no pudieron arrancar al culto de su país nativo. Joven, bravo, bien hecho, espiritual, De Bela fué a residir a París, donde brilló algunos instantes en la corte y disipó su fortuna en placeres. Una actriz, a quien amaba, consintió en repartir la suya con él. Los dos amantes se fugaron a la Turena y se establecieron en un sitio encantador de las orillas del Loira. Bela hizo poner encima de la puerta de su castillo esta inscripción navarra: «Lehen ala; Orai ola; Guero etchakin nola». (Antes, así; ahora, como esto; después, no sé como).

Bela se trazaba con indiferente alegría las tres fases de su existencia. El porvenir, que parecía querer desafiar y que temía quizás en el fondo de su corazón, fué para él más placentero y dichoso que lo que esperara, pues retirado en el seno de su familia, pasó sus últimos días en el estudio de la medicina y de la historia. Recogió sabias notas para una *Historia general de las tribus cántabras* que se proponía escribir, pero la muerte lo impidió. Sus manuscritos,

cuya huella se halla hoy perdida, estuvieron durante mucho tiempo en manos del obispo Sanadón, publicista muy avanzado en las ideas revolucionarias de la escuela jacobina francesa, lo que no le impidió abrazar la causa de la independencia de los Vascos, penetrado de admiración hacia la belleza de su carácter nacional y la superioridad de su república solar. El escritor constitucional tituló su libro: *Ensayo sobre la nobleza de los Vascos, redactado sobre las memorias de un militar vasco por un amigo de la nación.*

La nobleza de los Vascos, legalmente reconocida por los edictos de los más famosos reyes de Francia y de Castilla, fué para los montañeses la salvaguardia de su derecho individual y social en una época de feudalismo y de guerra en que la posesión de armas y la propiedad del suelo, constitutivos de privilegio nobiliario, garantizaban la dignidad natural del hombre y del ciudadano contra las usurpaciones del absolutismo monárquico. La argumentación histórica del obispo Sanadón, desarrollada en un tomo de trescientas páginas, no tenía otra finalidad que la de sustraer a la Baja Navarra o Benabarre de la rapacidad del fisco francés estableciendo. el derecho que tenían los montañeses a votar sus impuestos, administrar su país y gobernarse por sí mismos. Enrique IV de Castilla, habiendo ensayado imponer un *pedido* de algunos céntimos a las provincias exentas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos, los Guipuzcoanos dieron muerte a los recaudadores con su ministro de finanzas. Las Juntas federales significaron al rey que los Euskaros, siendo hombres nobles y libres, no debían tributo a nadie y no reconocían otra ley que la de la república y sus ascendientes.

Los Vascos cispirenaicos, habiendo rechazado victoriosamente el yugo feudal que los Francos pretendían imponerles, hicieron prevalecer su igualdad originaria. El pastor suletino, armado de su hacha, dejando crecer su larga cabellera, marchó a la par de los guerreroc que los siervos y villanos llamaban *señores* entre los bárbaros. Todo Vasco es *jaun* y no aplica nunca otro epíteto a sus hermanos. Los montañeses, en las transacciones civiles, añaden invariablemente a su nombre la partícula *de*, que expresa el derecho a la libertad y a la propiedad civil. Según el Código suletino, aceptado por Francisco I, los Vascos condenados a muerte por crimen de alta traición, debían ser decapitados, como los gentilhombres. Aún en nuestros días, en virtud de los edictos de Carlos Quinto, los Vascos de Francia reciben el título de *caballero* en todas las cancellerías de Castilla; tienen derecho a llevar espada y pueden ser

admitidos, en calidad de cadetes en los regimientos españoles, sin más pruebas de nobleza que las de su origen.

Los viajeros que cruzan alguna aldea de Navarra o Vizcaya, se asombran de percibir en las fachadas de las casas, a pesar de su apariencia triste y rústica, grandes escudos de armas en que la ciencia heráldica ha agotado sus combinaciones con tanta riqueza y variedad como en los brillantes trenes de que se rodea el Luxemburgo parisino en los días solemnes de sesiones legislativas. Cada uno de estos escudos significa alegóricamente un episodio de la guerra contra los Moros, un hecho de armas o alguna circunstancia análoga en la cual el jefe de la mansión patriarcal hizo brotar su valor. La nobleza de los Vascos es nacional y colectiva, no invocando sus prerrogativas sino frente a los extranjeros, ya que los títulos de conde, marqués, barón, acordados a los jefes montañeses por los reyes de Castilla o de Francia, no tienen valor alguno en la opinión pública, siendo rechazados como exóticos por las instituciones republicanas de un país en que reina la igualdad. Las dignidades de Ricombre y de Infanzón, introducidas en Navarra durante la Edad Media, no eran sino grados militares caídos en desuso después de las guerras sarracénicas.

He oído con frecuencia a los *beaux esprits* políticos mofarse del privilegio de nobleza que los Vascos han conservado por derecho de origen antiguo, de independencia hereditaria y de gloriosa libertad. La cuestión es saber si los desenvolvimientos revolucionarios que arrostra la sociedad de nuestros vecinos deben rebajar a los Vascos al nivel de raza islote o si la tendencia de progreso relativo no debe elevar, por el contrario, a aquéllos hasta la sublimidad de la ley ibérica. ¿Por qué quieren los bárbaros anular el tipo de su regeneración futura? Los sofistas, que predicán la restricción del derecho electora! reteniendo en la servidumbre pública al noventa y nueve por ciento de la población, me parecen ridículos al negar a los Vascos, bajo la falsa interpretación de una palabra, la superioridad de su posición civilizadora. Juvenal llama a los Navarros pueblo noble entre los Bárbaros; noble, como los Romanos; noble, sobre todo como todo pueblo en que residen la iniciativa de la luz social y el santo dogma de la igualdad.

Hay que buscar fuera de la literatura actual de los Vascos los títulos de la civilización de este pueblo, aunque, relativamente a los límites estrechos que ocupa y al papel secundario que le impuso su debilidad, haya producido tantos como cualquier otra nación

européa en publicistas, jurisconsultos, filólogos, historiadores y poetas célebres.

Tomás Iriarte nació en Tenerife, de padres guipuzcoanos. Hizo su educación en Madrid y ensayó su talento poético traduciendo algunas tragedias de Voltaire. Sus fábulas literarias, imitadas por Florián, le colocarían a la cabeza de los fabulistas si La Fontaine no hubiera existido. Iriarte pone en ridículo los caprichos de algunos poetas rivales suyos. Su estilo es puro, abundante, elegante; su ironía, fina y ágil; su sesgo, picante, ingenuo y gracioso. El *Poema de la música* demostró las altas inspiraciones que favorecían a su genio, valiéndole una carta de Metastasio, más lisonjera para él que los aplausos de un público idólatra. Esta última obra está considerada entre las obras de arte del Parnaso español y podría bastar a la gloria de Iriarte. Las persecuciones de los monjes llenaron de amargura sus últimos días, sospechándose al gran hombre de alimentar en su corazón la filosofía de los *Videntes*.

. No hay que confundirle con el Vizcaíno Iriarte, fallecido en Sevilla en 1685 y considerado como el mejor paisajista de su siglo.

Juan Huarte vió la luz en San Juan Pie de Puerto, en la Navarra francesa, e hizo aparecer en 1580 su *Examen de los Ingenios*. El autor, como médico que era, termina su libro con consideraciones fisiológicas expresadas en estilo bastante ingenuo para parecer cínico y brutal a muchos lectores. Huarte era enemigo de las mujeres, y quiero creer que había estudiado anatómicamente la ley de los sexos, pero desconociendo, el amor. El sistema de generación que profesa, parece haber inspirado *El Arte de procrear los mozos a voluntad* y la triste *Megalanthropogenesie*. Culpó aún a Huarte el no haber atribuído a cada espíritu sino facultades exclusivas y especiales, pareciéndome que bajo este punto vió mal el modo de acción de la luz inteligente y los fenómenos de nuestra vitalidad. Aparte esos errores, que constituyen, es cierto, la sustancia de su libro, Huarte merece por su estilo rico y nervioso, por sus vistas sanas, por sus exposiciones nuevas y profundas, por sus pensamientos originales y atrevidos, la celebridad de que gozó desde el siglo dieciséis. ¿Podría creerse que, a pesar de la fama de veinte traducciones a todas las lenguas de Europa, el *Examen de los ingenios*, escrito en castellano, fue desconocido durante más de doscientos años en la Península? Pero, ¿por qué asombrarse? ¡Los Por-

tugueses dejaron morir de hambre a su Camoens, y los Castellanos a su Cervantes!

Genio poderoso, bravura heroica, carácter inflexible, vida errante sembrada de peligros y aventuras, el Vizcaíno Alonso de Ercilla tuvo todo eso de común con el autor de la *Luisada* y con el de *Don Quijote*. Se le dió el sobrenombre de Homero español y no le faltó sino el odio del destino y el sello conmovedor de la desgracia para igualar la celebridad de aquellos grandes hombres. A los veinte años había ya recorrido España, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, cuando acompañó a Chile al capitán general Alderete para ir a combatir a los Araucanos, tribu salvaje que acababa de sacudir el yugo de los Españoles. Esa guerra, en la cual Ercilla tomó parte gloriosa, forma el asunto de su *Araucana*. Bardo y soldado a la vez, Ercilla no dejaba la espada sino para escribir, y los combates del día exaltaban por las memorias aún palpitantes, sus inspiraciones de la noche. Grababa con un alfiler sobre bandas de cuero los bellos versos a los cuales lo feliz de la rima y su elegancia armoniosa dan un sello de perfección que no se encuentra en ningún otro poeta español. Más ágil que el más ligero de los Puelches, más intrépido que el salvaje Mapochote, el héroe vizcaíno vino a ser el terror de los Salvajes, y los más valientes Caciques cayeron bajo sus golpes. En la batalla de Millarapué, Ercilla persiguió a los Indios hasta sus últimos refugios y triunfó de su valor exaltado por un odio ardiente y por la desesperación. Siguió al general Mendoza en la conquista de tierras remotas que los Europeos acababan de descubrir desde el estrecho de Magallanes hasta Chiloe. Con diez compañeros, la mayoría vascos, Ercilla cruzó sobre una piragua el archipiélago de Ansubox, tan peligroso por los arrecifes y corrientes, y avanzó por sus tierras, no plantando como Hércules una columna, sino grabando con la punta de una daga en la corteza de un árbol ciertos versos lindos que se han conservado. De regreso a Lima, Ercilla encontró esa ciudad entregada a regocijos públicos con ocasión de la coronación de Felipe II, y la juventud brillante y caballeresca acudía de todas las provincias del Perú a tomar parte en justas y torneos. Ercilla se llevó los honores de la jornada que Juan de Pineda pretendió disputarle, llegando a ser tan vivo el altercado, que los jóvenes, excitados, pusieron mano a las espadas e iniciaron un combate que estuvo a punto de convertirse en general. Mendoza, que alimentaba una animosidad personal contra Ercilla, le condenó al principio a ser decapitado; pero la opinión pública, habiéndose

puesto a su lado, habló altamente en su favor, y la sentencia fué revocada para castigarle con prisión y destierro. Sus eminentes servicios, sus heridas, su gloria, que la publicación de la Araucana hizo más hermosa, no encontraron en la corte sino envidia e ingratitud. Ercilla resolvió pedir justicia, pero, bien a causa de una repugnancia invencible, o por razón de una timidez poco concebible en un hombre de educación tan caballeresca y espíritu tan decidido, el héroe permaneció mudo en presencia del rey. «Habládme por escrito, don Alonso», le dijo bondadosamente el monarca, lisonjeado al creer que el imponente brillo de la majestad real había deslumbrado a Ercilla. Desde ese momento, perdida toda ilusión, se retiró a Bermeo en Vizcaya, patria de su padre y de su abuelo. La esterilidad de su casamiento hacía aumentar su tristeza; quizás no debía acusarse sino a sí mismo y a los amores veleidosos que le habían sujetado sucesivamente a muchas mujeres distinguidas por su ingenio y por su belleza. Ercilla era de talla media, ágil, nervioso, bien formado. La energía de su alma se dibujaba en su mirada viva; su paso, firme; su barba; espesa, como su larga cabellera, señalando en él al montañés vascón, y en armonía con el carácter del ilustre vizcaíno. Dotado de espíritu vivaz, era amable con las mujeres, aunque su galantería tuviera algo de despótica y de oriental. Vano, ligero, presuntuoso con los hombres, su natural irascible e incorregible petulancia de Vasco cambiaban en enemigos mortales a los envidiosos que creaba su gloria. Se ignora la época de su muerte.

Los Vascos no tienen literatura nacional; sus escritores se han servido casi todos de las lenguas latina, castellana y francesa. Al consultar sus biografías, se descubre que la mayoría, educados lejos de su país natal, perfeccionaron sus conocimientos en viajes, imprimiendo algunos de ellos a sus composiciones un sello original y superior. Es sensible que a ninguno se le haya ocurrido aún iniciar a los extranjeros en los secretos del pensamiento ibérico (euskariano) e iluminar su estilo con los mágicos reflejos de esa poesía panteísta (?) en que se descubre la ciencia profunda de los antiguos adivinos y las más ricas inspiraciones del Oriente. La lengua vasca, excluída hoy de la instrucción pública, no se ve profesada sino en el único colegio de Vergara. ¿Por qué abandonar así al *eskuara* primitivo de los Hijos del Sol? ¿Por qué no se hace revivir esa antorcha de luz popular? La resurrección de la literatura euskariana será el triunfo de los *Videntes*.

IX

LA JUNTA DE NAVARRA

Supimos en Goizueta que la Junta de Navarra se hallaba en Leiza. El boticario de Lesaca, o mejor dicho D. Pedro de Arizmendi, quiso acompañarme hasta allí. Salimos en seguida de comer a fin de poder llegar antes de la noche. Los voluntarios que formaban nuestra escolta el día anterior, nos habían dejado con excepción de uno solo, uniéndose a sus batallones respectivos cuya proximidad bastaba para seguridad de nuestro camino. El que quedó con nosotros se llamaba José María, y le veo aún con su chaqueta amarilla, su frente cuadrada, boina pegada a la cabeza como un casquete, y sus orejas salientes que le hacían parecerse al Magua de los *Mohicanos*. Había sido mucho tiempo arriero en las herrerías de Larrau en Zuberoa, y a la primera noticia de la insurrección navarra abandonó mulo y cestos para hacerse voluntario y llevar las armas, género de vida más noble y que convenía más a su inclinación, como me lo hizo saber luego: «Puesto que nací para tener las manos ennegrecidas, prefiero la pólvora al carbón, y si he cambiado mi pan moreno por cascajo y mis ochavos por piedrecitas, el hombre después de todo no tiene más que una vida, y a cada uno su destino».

—Vuestra región de Zuberoa es encantadora, —agregó—, y se puede recorrer todo el país vasco sin encontrar muchachas más bonitas, ni mejores cantores o danzantes tan perfectos; a no ser quizás en el Duranguesado, región que florece en Vizcaya. Vuestros Suletinos demuestran más cortesía que franqueza, y tienen todos lengua dorada, mano pronta, siendo demasiado pendencieros; pero no pelean nunca sino con armas francas, pudiendo la residencia en este valle hacer feliz, a un hombre. ¡*Ala Jinkoa!*».

José María repitió esta exclamación familiar de los Suletinos con la prosodia particular a su dialecto, y prosiguió:

—No he olvidado vuestras mascaradas de carnaval: el *cherrero* abre la danza con su escoba de crin, su cinturón de campanillas, sus medias, una de las cuales es blanca y la otra roja, su toca emplumada y su chaqueta de mil colores; el Pastor, armado de una gran hacha, conduce sus corderos, detrás de los cuales trota el Oso. Los *Kukulleros* brincan a continuación, vestidos de seda, abigarra-

dos de cintas, agitando el báculo que llevan en la mano, guiados por el *Zamalzain*, bailarín incomparable que hace caracolear su caballo postizo con singular gracia, agilidad y aplomo; el *Jaun*, espada en mano, da el brazo a su dama; el *Laboraria* marcha en línea acompañado de su *Etchkandere*, enarbolando su aguijón en una mano y en la otra una bandera flameante. Tras ellos forman remolino hombres y mujeres, llevando los bohemios alborotadores la mochila y blandiendo sus sables de madera enrayados de negro. Por fin aparecen en grupos danzantes los distintos cuerpos de oficios; los caldereros de Auvernia, cuyo equipo, aspecto y jerga son tan cómicos. Luego viene el Obispo montado en un burro, y dos viejos mendigos cierran la marcha. La mascarada, una vez en la plaza pública, ejecuta con los habitantes de la aldea una *farándula* alegre, y los espectadores forman en seguida un gran círculo para que las máscaras hagan admirar sus danzas respectivas, a las que sigue un baile general con acompañamiento de tambores. La fiesta termina con festines y danzas que duran hasta la noche. (28).

José María nos habla después con admiración de las *pastorales* que los jóvenes componen y ejecutan en el valle de Zuberoa. Aparte algunos episodios tomados de la Biblia, los recuerdos de las cruzadas y de la guerra con los Moros han provisto los argumentos de estas singulares obras de teatro. Su desarrollo es sencillo, y no hacen sino reproducir siguiendo el orden histórico la vida de un gran hombre o los acontecimientos de una guerra. El espíritu marcial de los Vascos se revela en el placer que les procura el recuerdo de los combates. Algunos de sus dramas informes se titulan Aitor, Carlomagno, Rolando, Solimán, Almanzor, Godofredo de Bullón. El último héroe que los pastores suletinos pusieron en escena fué Napoleón, esperando a Zumalacarregui. El teatro se alza al aire libre. La representación comienza invariablemente con un largo prólogo o recitado cuya prosodia musical recuerda la melopea greca. Los adornos de los actores, su brillante declamación, sus gestos furiosos y sus combates simulados forman un espectáculo extraño, incoherente y a veces muy original, en que se respira el genio popular con su energía ingenua y los contrastes abigarrados que siempre acompañan a la infancia del arte. El teatro suletino cuenta ya diez siglos de existencia, sin sufrir cambios ni progresar desde su origen. Su portante

(28) Acerca de las pastorales y mascaradas suletinas pueden consultarse los núms. 212 y 310 de la revista *Euskaleriaren Alde* (N. del T.).

caballeresco traza a veces felizmente el entusiasmo de las pasiones y la dignidad de la historia, demostrando en nuestros aldeanos una vocación artística de la cual sería fácil obtener inmenso partido gracias a la belleza del idioma euskariano. Todas las armaduras del país, los collares de perlas, las cadenas de oro, los penachos fastuosos, ricos trajes, son puestos a contribución para ese género de espectáculo, dándole un lujo desprovisto de gusto, pero con brillantez. José María, dotado de excelente memoria, nos citó como modelo completo para los papeles de Papa a un bufón meritorio que unía a la profesión de zapatero remendón las de violinista y bardo improvisador. Lo que hay de más singular es que las muchachas se disfrazan de hombres para representar las mismas pastorales, y a veces en presencia de diez mil espectadores. Ejecutan tanto lo serio como la más cómica de su parodia femenina despojándose de la modestia y timidez de su sexo para imitar los aires terribles de que sus novios les dieron las primeras lecciones. (28).

El voluntario, de buen humor, reanudó en seguida su monólogo acerca del valle de Zuberoa:

—¿Vive aún el cura de San E?

Había siempre en su casa abundancia de vino, aceite, sal, café, chocolate, azúcar y comestibles coloniales que llegaban al presbiterio sin pagar derechos. Todo contrabandista podía acudir a confesarse atrevidamente, estando seguro de obtener su absolución sin penitencia. El mismo engañó más de una vez a los aduaneros, siendo testigo aquel día en que, revestido de sus ornamentos fúnebres y precedido de la cruz, condujo un ataúd cargado de contrabando mientras los aduaneros, arrodillados al paso del pretendido difunto, recibían de su hisopo una lluvia de agua bendita. Era de la buena cepa del viejo clero: bebedor con sus feligreses, gran jugador de bolos, conocedor del de naipes, lanzador del hacha y de la barra

mejor que cualquier vasco y deleitándose en asistir los domingos a las danzas y diversiones del pueblo.

—¡Cura incomparable para preservar las cosechas que podían ser devoradas por las orugas o devastadas por el granizo!—, agregó el voluntario, cuyos rasgos rudamente expresivos dibujaban un terror supersticioso—. ¡Sus oraciones eficaces mataban los insectos, su palabra poderosa conjuraba el rayo y las borrascas, su imperio era mágico sobre los príncipes del Infierno! Le ví curar a un aldeano poseído de un demonio mudo. Cinco hombres de los más robustos pudieron con dificultad conducirlo hasta el altar. El cura le retuvo de un brazo, le puso el evangelio sobre la cabeza y recitó las santas palabras del exorcismo con una fuerza que pocos saben darles; pero el diablo se enfureció demasiado, y el exorcitante tomó al poseído en sus brazos, apretándole como si quisiera hacerle salir del cuerpo la lengua y los ojos, en tanto que profería el formidable *Aparta-Satán* con voz que hacía temblar las vitrinas del templo. El demonio pareció vencido bajo la forma de una ligera nube y, dejando tras sí un olor de azufre, huyó por la puerta con la rapidez del relámpago.

.....

José María se había adelantado a nuestros caballos y marchaba con gran paso volviendo a cada instante la cabeza hacia nosotros acompañándose en su charla con gesto original y pintoresco. Cada uno de sus pasos hacía resonar sus armas, que vibraban al concierto de sus miembros nervudos.

.....

A alguna distancia de Goizueta nos vimos obligados a hacer alto al pie de una montaña para dejar bajar a dos batallones guipuzcoanos cuyos voluntarios desfilaban uno por uno por sendero estrecho y peñascoso. Eran la mayoría hermosos o lindos muchachos aún imberbes. Algunos conservaban, a pesar de su alta estatura, aire de infancia y expresión de dulzura femenina. La vivacidad de gestos y la volubilidad de su cháchara atolondrada no mostraban nada de la petulancia inquieta ni del genio ardiente de los Navarros. Su fraternidad de alegría y de amor recordaban las primeras edades de la historia ibérica, y la poesía de la felicidad que acude a encantar al hombre en la primavera de la vida respiraba en ellos con alma

pacífica de Várdulo. Justificaban por algo de ligero y de gracioso el nombre de *Guipuzua* que el patriarca recibió en los Pirineos. Las memorias de las danzas locuelas de su región seguían a esos jóvenes a través de los peligros y se mezclaban a las imágenes de la guerra, viviendo en rivalidad de bravura con los voluntarios de las otras regiones, pero no poseían ni la rica indumentaria y aspecto severo de la milicia vizcaína, ni el aire sombrío y fiero que revela tan bien la pobreza del Navarro.

Estos batallones servían de escolta al *Ayuntamiento* de Guipúzcoa, al cual hallamos en la altura. Arizmendi se detuvo para cambiar algunas palabras con aquellos señores. Los montañeses tuvieron precaución de poner pie a tierra, pero le ocurrió a uno de ellos que su perro, habiéndose abierto camino a través de las patas de un soberbio mulo gris sujeto por cadena de hierro, el sombrío animal se cruzó en la senda, se encabritó y, perdiendo tierra, cayó de cabeza al precipicio. El propietario hizo frente al choque a fuerza de riñones. En su lugar, querido lector, V. y yo hubiéramos dejado que rodara el mulo al diablo, con su cadena, felices de no seguirle; pero él se cuidó bien de no hacer eso, conociendo la medida de su fuerza atlética y más preocupado por el temor de una pérdida irreparable que por el peligro de ser arrastrado. Cogiéndose con el brazo izquierdo a un tronco de árbol, se hizo fuerte con la mayor sangre fría hasta el último extremo: «¡adiós mi mulo!», dijo con largo suspiro mientras el animal daba vuelta lentamente sobre sí mismo. No pudo sujetarlo más tiempo, pero no había aún perdido toda esperanza cuando, enganchándose a unas zarzas, se dejó resbalar tras el mulo detenido en su caída por arbustos y suspendido entre cielo y tierra en inmovilidad instintiva. Varios voluntarios arrojaron sus fusiles y se precipitaron en su ayuda, consiguiendo poner a la bestia en pie y hacerla trepar a pico hasta el camino. Todo ello se hizo en menos que he tardado en contarlo. La sangre fría de los espectadores me hizo comprender mejor cuan familiares les eran los accidentes de este género. «He aquí, no obstante, —me decía yo—, los menores riesgos que amenazan a nuestros insurrectos cuando la oscuridad y el mal tiempo les acompañan en sus marchas forzadas a través de los montes. Los miembros de las Juntas y los magistrados de las regiones, ancianos separados de sus familias, perseveran desde hace dos años en esta vida errante y penible, teniendo por perspectiva una muerte cruel. ¿Cuál sería el móvil de su abnegación si no fuera la ley del deber y el patriotismo más puro?».

La aventura del mulo, contada con algunos embellecimientos, circuló de boca en boca por la línea de voluntarios. Uno de esos traviesos se puso a cantar la improvisación de uno de nuestros bardos más ingeniosos, comparable por el verbo cáustico y la originalidad pintoresca del trazo a la descripción del famoso Rocinante de la Mancha. Es una pintura acabada del *Mulo de la Fragua*: cabeza gruesa, ojo huraño, pelo en sentido contrario, huesos salientes, patas torsas, aspecto lastimero y las enfermedades que afligen al pobre animal, nada ha quedado olvidado. La canción ofrecía con el incidente del momento algunas alusiones que fueron acogidas por clamorosas carcajadas. La hilaridad se hizo general en la copla final:

Erregeren serbichura
 Mandoa trostan,
 Sokak errestan;
 Eun koropillo eta
 Berreun puztan,
 Azkena puntan;
 Epein obe lizate
 Batere ez ukan.

—¡He aquí a los Guipuzcoanos!, —exclamó José María—; con coplas rimadas y al son de una flauta, les haríais ir al fin del mundo.

Continuamos nuestra ruta sin otra peripecia hasta el crepúsculo. Entonces ofrecía el paisaje uno de esos contrastes que son frecuentes en la cadena central de los Pirineos. El sol poniente estaba radiante, el cielo sereno, un sople tibio elevaba hasta nosotros desde la *Ribera* su perfume vernal, mientras a nuestra izquierda la montaña se coronaba de niebla y un viento norte hacía revolotear en torno nuestro copos de nieve. La ruta se ensanchaba a medida que avanzábamos; el joven caballo de Arizmendi trotaba con ardor; el mío, demasiado pequeño para mantener la misma marcha, galopaba como un ciervo, y yo me hallaba encantado.

Ibamos a encontrarnos a la vista de Leiza, y solo nos faltaba descender la suave pendiente de las lomas para llegar a la aldea. Un viejo leñador gritó que nos detuviéramos. y corrió hacia nosotros boina en mano. El bravo hombre nos hizo saber que los cristinos se dirigían hacia Leiza, si no se habían apoderado del pueblo; que la Junta, sorprendida por una compañía de voluntarios, tuvo apenas tiempo para ganar el camino de Ezkurra y acercarse a Sagastibelza. Un tiro de fusil, que hizo mugir los ecos del valle, nos con-

firmó la advertencia. del viejo leñador. La alternativa de volver sobre nuestros pasos o de pasar al alcance del fusil de los cristinos, no era agradable. Arizmendi temblaba ante la idea de encontrar a los peseteros, y me fué fácil notar que el amor propio tomaba mayor parte que el miedo en aquel sentimiento, porque era hombre de vender cara su vida y de recibir la muerte sin palidecer, aunque no podía soportar la idea de caer víctima de esos bandoleros de quienes se escapó más de una vez afrontando amenazas. Tras algunos juramentos enérgicos, exclamó para salir al galope: «¡Adelante!... ¡Adelante!...»

Pronto percibimos Leiza, cuyas casas se confundían a nuestros ojos tras un vapor azulado. Hicimos alto. La reverberación oblicua del sol agonizante desplegaba sobre la altura una red de luz que hacía más nebuloso el fondo de la cañada en que las colinas proyectaban ya su sombra. Vimos grupos de hombres, de mulos cargados, líneas de soldados que salían de la aldea; pero lo que ninguno de nosotros pudo llegar a percibir fué a cual de los dos partidos en guerra podían pertenecer, tan inciertas nos parecían las formas y colores, aún con auxilio del antejo de larga vista a través la mezcla de sombra y de luz que planeaba por el horizonte. José María fué invitado a dar su opinión. Alzó las espaldas por toda respuesta, moviendo sus ojos con expresión vaga, y luego, tendiendo silenciosamente la mano, nos mostró sobre un altozano lejos cierto soldado cristino vestido de azul y apoyado en larga carabina que relucía a los últimos rayos del sol.

La tarde era magnífica, una perdiz cantaba a cierta distancia de nosotros. Este contraste de una naturaleza tranquila y grandiosa, elevando armonías de alegría y de amor por cima del ruido vano de las miserias sociales, me impresionó vivamente. Las bandas armadas que yo veía caminar por las faldas de los montes con lentitud y pequeñez de hormigas, me hicieron sentir piedad hacia los furores del hombre bárbaro. Reflexionando acerca de las causas de esta discordancia en el concierto terrestre, hacía votos por el día en que la humanidad, durante tanto tiempo febril y delirante, alcance el final de su edad tenebrosa para entrar en el *Edén* secular profetizado por los *Videntes*, y en que el globo, inundado por la doble luz del hombre y de Dios, deba prodigar sus frutos más ricos y girar armonioso en el espacio hasta la consumación de nuestro *Tiempo*.

José María, que me observaba, parecía satisfecho de la tranqui-

lidad de mi ensueño. Suponía yo que el astuto pícaro sabía perfectamente a qué atenerse acerca de las tropas cuya aproximación temíamos, así como que había reconocido por algún indicio a nuestros insurrectos, sin querer decírnoslo. Disimulaba él para tener ocasión de alentar y reposarse tras la carrera violenta que acababa de desplegar siguiendo a nuestros caballos. En cuanto Arizmendi le dió orden, salió corriendo sin la menor vacilación hasta el camino por donde desfilaban sus camaradas los voluntarios. Tomamos el camino de Ezkurra en busca de la Junta, dejando detrás de nosotros a Leiza amenazada de la visita de los cristinos.

Llegó la noche. Su oscuridad creciente redoblabla la claridad de las estrellas de que el cielo se hallaba cubierto. José María, en quien este cuadro despertaba agradables recuerdos, reanudó la conversación acerca del valle de Zuberoa:

—¡He aquí la hora en que el joven Suletino, levantándose el primero de la larga mesa en que ha cenado con su familia, recoge de un rincón su bastón de níspero ferrado, hunde su boina hasta la oreja y sale al campo para ver a su prometida, *amaztegeia*, que vive a veces a tres leguas de distancia a través de alguna alta montaña! Pero el miedo al cansancio no podría detener a un cortejador; los pensamientos de amor hacen el trayecto agradable y el camino corto. Si se abstraer un instante del encanto de su ensueño, será para ensayar improvisaciones poéticas que describen su llama y que, cantadas bajo la ventana de su amada, deberán hacer nacer en ella tiernos sentimientos; o será para recitar con voz vibrante su papel de alguna hermosa *pastoral* en que, revestido de magnífico traje, obtendrá un gran triunfo. ¡Cómo brinca de júbilo ante esta idea! ¡Qué bien indica su paso impetuoso la embriaguez del alma y los sentimientos que la agitan! ¡Qué audacia brota de su mirada en que brilla el fuego del amor! ¡Qué sueños encantadores le mecen en su gloria! Blandiendo el bastón ferrado con que golpea la tierra, hace resonar el *sinka* jovial; grito de advertencia o de amenaza que hizo temblar más de una vez a su rival o al malhechor que ocultó sus pasos a favor de la sombra; grito simpático al cual debe responder el viajero inofensivo si quiere alcanzar, al pasar junto al Vasco, un *agur* amistoso. Hay que ver al joven montañés precipitar su marcha hacia los lugares donde le llama el placer, desdeñando los senderos trazados, eligiendo la ruta más directa, vallados y muros linderos, barrancos profundos, ríos y torrentes, negros bosques impenetrables para los demás. Nada le detiene. Franquea todos los obstáculos, corre, brinca ágil y soberbio

ora tenga por guía como ahora nosotros el fulgor de las estrellas, ora la luna favorezca al joven amante con su luz propicia, ora la noche tempestuosa extienda en torno suyo claridades fulminantes; porque ama, porque es esperado bajo el techo mágico donde vela la querida de su corazón, ¡*maitagarria!*, la flor suave que ha de adornar su pecho de hombre, ¡*lilia!*, la estrella misteriosa que conduce sus pasos errantes y preside su destino, ¡*jizarra!*

He tratado de reproducir fielmente las palabras de José María: me apercibo de que los menores defectos de mi traducción son los de haber sustituido por el movimiento triste y afectado de la perífrasis francesa el giro incisivo y profundidad del rasgo que caracterizan al idioma vasco, el haber borrado la jovialidad ingenua y la naturalidad que dictan los entusiasmos más atrevidos del pensamiento del montañés. José María se ensimismó un instante, y su voz ruda, en que dominaba un acento de melancolía, hizo oír una romanza suletina cuya primera copla era:

Txori erresiñola,	Oiseau rossignol,
Otz emak eneki	Viens avec moi
Maitiaren bortala,	Jusqu'a la maison de ma bien aimée
Biak algareki;	Ensemble tous deux;
Gero deklara izok	Puis, fais-lui comprendre
Botz eztibateki,	Avec une douce voix,
Aren adiskide bat	Qu'avec toi se trouve
Badela ireki.	Un de ses amis.

La romanza continúa en el mismo tono y traza con sencillez los detalles de esta escena campesina. La idea de tomar del ruiseñor sus acentos más conmovedores y dulces para invitar a la muchacha a conversaciones amorosas, ¿no es ingeniosa, como es seductora la alegoría del lenguaje seductor que los novios saben emplear para expresar su terneza llena de poesía? El ruiseñor canta y despierta a la amada; una ventana se abre misteriosamente; un diálogo se entabla entre el orfeo de los ramajes y la joven, la cual pregunta el nombre del suspirante que busca su corazón y su mano; el pájaro evita la respuesta y retrata con los más vivos colores el martirio del amante:

Egarri gaixtobatek	Una sed ardiente
Eben gabilzazu.	Nos conduce junto a vos.

La joven replica; muestra con ironía el fresco arroyuelo que

corre por una revuelta de la cañada: «Ahí podréis saciar a placer la sed que os atormenta»:

Zuk galdazen duzuna
Gure bear dugu.

Lo que vos pedís
Nosotros precisamos.

Y la ventana se cierra bruscamente. José María, al terminar su canción, dijo: —¡Oh!, conozco más de un ruiseñor que no ha suspirado nunca en vano bajo las ventanas de su *emastegei*. Vuestros Suletinas, aunque dotadas de una alegría picante, son en el fondo excelentes mozas y no dejan a sus amantes aburrirse a la luz de las estrellas. Las ventanas no son tan altas que no se pueda llegar hasta ellas.

El regreso se hace a paso acelerado, y estad seguros de que el sol encontrará al joven Suletino en el campo, la mano en la carreta, fresco y dispuesto como si hubiera pasado la noche durmiendo. ¡Dios lo sabe! Alguna vez el desarrollo inexplicable de la *emaztegei* viene a traicionar el misterio; pero una hermosa boda lo arregla todo. He conocido Vascos que ese día gastaban todo el dinero que poseían en el mundo, no quedándoles más que amor y trabajo para alimentar el hogar en lo corriente del año. ¿Queréis que os diga en pocas palabras mi opinión acerca de vuestros Suletinos? Honran el nombre del hombre. Son ingeniosos y bravos. Alimentan dos inclinaciones naturales que el sacerdote no pudo jamás vencer: la venganza y el amor.

José María nos hablaba aún de Zuberoa cuando entrábamos en la plaza pública de Ezkurra, ocupada por los equipajes de la Junta, de la intendencia y de la imprenta. El marqués de Valdespina y su capellán habían llegado los últimos y estaban a caballo. Los armeros se instalaron en las casas vecinas y dejaban oír el ruido de limas y martillos. La distribución de los alojamientos quedaba terminada. Los cirujanos se ocupaban en curar a unos sesenta heri-

dos que se habían transportado en camillas. Las diversas ambulancias organizadas en medio de la insurrección, recorrían día y noche los montes en pos de las tropas que debían protegerlas contra el furor de los cristinos. Los rebeldes no poseían aún ninguna villa o plaza fuerte para establecer hospitales. El transporte de cada herido exigía el concurso de una docena de hombres que se relevaban alternativamente. He visto muchos jóvenes voluntarios a quienes esa vida errante agudizaba cruelmente las heridas; sus caras pálidas y enflaquecidas mostraban impasibilidad estoica; se hubieran avergonzado de proferir una queja; algunos, torturados por el escalpelo del cirujano, entonaban canciones guerreras improvisadas por bardos, mientras el extravío de sus ojos denunciaba la violencia que se imponían para resistir al agujón del dolor. La privación de las cosas más necesarias retrasaba su curación, felices de no caer en poder de los cristinos, que les degollarían sin piedad. El lector podrá hacerse idea de las dificultades, inauditas contra las cuales supo luchar Zumalacarregui para hacer de esta insurrección milagrosa un instrumento de victoria. ¡Maldición a los pérfidos, cuyas tramas han abreviado su carrera! No recogerán la herencia del gran hombre; sus brazos son demasiado débiles para el peso de su espada.

No me extenderé acerca del recibimiento amable que recibí de D. Martín Luis y sobre el regreso de Arizmendi a Lesaca. La Junta de Navarra se dignó ofrecerme hospitalidad, favor precioso que acepté apresurado y al cual debo haber podido estudiar en su vida íntima a los dignos representantes que Navarra puso a la cabeza de la insurrección.

El abate Echeverría, presidente nominal de la Junta, residía junto a Carlos V, y la presidencia real era ejercida por D. J. Marichalar, cuya influencia había sublevado en torno de Pamplona los primeros batallones que se alinearon bajo la bandera de Santos Ladrón. «¡Ah!, —me decía Marichalar—, si aquel bravo general no hubiera perecido de modo tan súbito y trágico, la insurrección se hubiera organizado en pocos días sobre toda la línea de los Pirineos, y no hubiéramos precisado más de tres meses para terminar con los cristinos». La muerte de Santos Ladrón consternó a todos los buenos Navarros, desconcertando las medidas de los principales insurrectos que, privados de su general y no teniendo armas que distribuir, se vieron obligados a licenciar a los voluntarios que habían acudido en masa al primer llamamiento. En esas circunstancias la posición de Marichalar se hizo crítica y, errante y fugitivo con

una pequeña banda de guerrilleros, no hubo clase de peligros y fatigas que no tuviera que vencer para escapar al ejército enemigo que cubría la Navarra. D. Martín Luis, presentado en el teatro de la guerra con los sublevados del Baztán, demostró la misma perseverancia y el mismo heroísmo que Marichalar hasta el día en que los esfuerzos de Iturralde, el regreso de Eraso a las montañas y el nombramiento de Zumalacarregui, cambiaron el carácter de la lucha e hicieronles aceptar otros deberes en calidad de miembros de la Junta. Marichalar es un hombre de alta talla y dotado de gran fuerza muscular, cualidad física de que los montañeses hacen gran caso y que no desdeña él mismo. Se mostraba envuelto en una capa forrada de rojo, y cubierto con sombrero de anchos bordes. Este traje, unido a sus cabellos levantados, da a su exterior algo grave e imponente, aunque la expresión un poco vaga de sus ojos azules anuncia la bondad y su cara ofrece el tinte quemado que hace reconocer a los Vascos peninsulares.

Aparte el secretario Peralta, mozo de ingenio y buen sentido, cuya fisonomía fina y astuta ocultaba demasiado una amable franqueza y un excelente corazón, el más joven de los miembros de la Junta era D. Martín Luis. La prisión de una parte de su familia y el alejamiento de su mujer refugiada en Burdeos con la de D. Crisóstomo de Videando y Mendinueta, colega suyo, le sumía a veces en negra melancolía. La dulzura y la bondad, unidas a una extrema valentía y a la exaltación de una imaginación poética, forman el fondo de su carácter. La serenidad patriarcal y el genio ardiente de los montañeses, denunciados por un donaire caballeresco, concurren a fijar en él ese hermoso tipo navarro del cual el artillero Vicente de Reina presentaba a mis ojos la más noble imagen.

Martín Luis y Vicente de Reina poseían la confianza de Zumalacarregui, quien les amaba como a hijos suyos. Reina era el único que conocía las relaciones confidenciales que Zumalacarregui mantenía con la Junta de Navarra. Quedé maravillado de la facilidad con que traducía al castellano los periódicos franceses, y las disertaciones de nuestros políticos no podían sino ganar en boca de intérprete tan elocuente. Reina estaba organizado para brillar igualmente en una tribuna, en un consejo de guerra o en el campo de batalla. «Vuestros sofistas parisinos, —me dijo un día—, han ennegrecido cien mil resmas de papel para embrollar con su insípida prolijidad la cuestión tan sencilla de saber si el rey debe reinar o gobernar en un estado libre, y no preciso para refutarles sino las

cartas dirigidas a la Junta por los alcaldes de nuestras aldeas». Tomé las misivas que me presentó y leí al dorso de cada una las palabras siguientes: *A la Junta gubernativa*. Al día siguiente nos volvimos a encontrar en Erazun, donde la Junta iba a visitar a Sagastibelza y al coronel Elío. Reina, al ver unos libros colocados sobre la mesa de un copista, tomó uno y me lo entregó. Era un *Ensayo crítico sobre la constitución de las provincias vascas*. Leí en casi todas las páginas este axioma fundamental: *La nación ordena, el rey ejecuta*. Esto me dispensa de entrar en mayores detalles acerca de la constitución del reino de Navarra; las de las provincias vizcaínas es aún más democrática, y los sofistas que por sus declamaciones quisieran negar a los Vascos la iniciativa de la regeneración española, o que predicán la destrucción de este pueblo valiente, blasfemando del santo nombre de libertad, se burlan impudicamente de la verdad y de la justicia.

La estadía de la Junta en Ezkurra duró toda una semana, que nos pareció muy larga. El lector me creará sin dificultad cuando sepa de qué modo vivíamos en ese villorrio, uno de los más pobres de Navarra. Una pequeña habitación de doce pies cuadrados, amueblada con tres sillas de madera, una mesa coja y dos malas camas, servía a la vez de salón de recepción y de deliberación, de comedor y de dormitorio. El presidente Marichalar y D. Martín Luis ocupaban una de las camas, y yo compartía la segunda con el señor de Videando. El abate Echeverría, capellán de la Junta, y el secretario Peralta, se contentaron con un jergón echado en el corredor vecino, y pasaban noches bastante crudas envueltos en sus capas. Teníamos al lado numerosos cuerpos de guardia; debajo, una veintena de caballos y mulas se peleaban en la cuadra; encima, los *arrieros* y los *confidentes* se acostaban mezclados sobre la paja de un granero, sin contar la familia del propietario de la casa. El señor Díaz del Río, abogado de la Junta, se había alojado en otro lugar, mientras yo ocupaba como huésped favorito su sitio de mesa y lecho.

El desayuno se componía de una taza de chocolate. La comida y cena brillaban por su extrema frugalidad. Nuestra sopa de tocino y las legumbres que preparaban cuatro gallardos voluntarios, más apropiados para sablear cristinos que para hacer un servicio de mesa o cocina, recordaban el caldo negro de los Espartanos. ¿Qué serían por lo tanto la cocina del cuerpo de guardia y el rancho de un sencillo voluntario? Comíamos con tenedores de madera y sin cambiar de platos, considerando que no había sino uno para cada individuo.

Durante dos días, bebimos los seis en el mismo vaso, y el señor de Videando decía con este motivo: «Nuestro cáliz circula en ronda como la copa hospitalaria de los antiguos, y no nos faltan más que coronas de flores y lechos de rosas para imitar el lujo de un banquete romano».

En el País vasco peninsular el hogar está colocado en el centro de la cocina, sobrepuesto por larga chimenea en embudo, donde se pone la leña sobre barras transversales, una de las cuales sostiene el llar. Se pone la gente alrededor del fuego, como en el vivac. Uno de mis placeres consistía en sentarme en medio de nuestros voluntarios, viéndoles cortar panes negros con sus puñales manchados de sangre. Ahí se colocaban los *confidentes* llegados con cartas para la Junta de todas partes de España. Nos contaban detalles interesantes acerca del Obispo de Solsona, sobre Carnicer o sobre el cura Merino. He notado que los Vascos generalmente estiman poco a este último, pues además de que los montañeses verían con repugnancia a uno de sus sacerdotes abrazar una misión política y ceñirse la espada, indispuso contra él a todos los jefes navarros y vizcaínos la pretensión ridícula que Merino manifestó de ser elegido generalísimo de las provincias del Norte. Frecuentemente oí hablar de él como de un loco desprovisto de talento militar, reprochándosele haber derrochado sin resultado muchas armas y fusiles, pero sin que nadie le discutiera el desinterés, el valor y la actividad que le distinguen. Me le han pintado como un hombre de pequeña estatura, seco y nervioso, con medias de seda negra, sayo de estudiante y sombrero puntiagudo; trabuco que no le abandona nunca, ni de día ni de noche; aspecto héptico; ojos relucientes de acuerdo con el misterio de que rodea todos sus actos y con el terror que su energía personal inspira a cuantos se le acercan. Todos estos detalles conservarán al cura guerrillero fisonomía original en la historia.

El ocio momentáneo en que nuestros voluntarios vivían en Ezkurra les permitía entregarse a diversos juegos, diversiones que a veces resultaban sangrientas. Un motivo de querrela lo constituían las gracias de las muchachas que ellos se disputaban a puñaladas o bayonetazos. Al menor indicio de *alboroto*, al más ligero murmullo, acudía D. Martín Luis a interponer su autoridad; pero algunas veces su ascendiente se limitaba a suspender o retrasar el combate, que los voluntarios resolvían lejos de la vista de sus jefes. Bromeaba yo con D. Martín Luis acerca de su prontitud en lanzarse en medio

de los, peledores y sobre la misión de pacificador que desempeñaba con tacto y firmeza admirables. «Cj.....!, —me respondía—; los Navarros tienen paciencia corta y mano larga; mis pícaros no precisan más de un minuto para esgrimir los cuchillos, y cada segundo de retraso puede costarnos un soldado valiente. No permanecerán mucho tiempo ociosos, se lo garantizo. ¡Cuidado con los cristinos!»

Recuerdo un día en que los voluntarios estuvieron a punto de degollar en pleno mediodía sobre la plaza pública a un capitán guipuzcoano que se permitió decir que en la última refriega los batallones de su región se habían conducido con más resolución que los guías de Navarra. D. Martín Luis llegó a tiempo para salvar a aquél a quien su imprudencia iba a costar la vida; los jóvenes que le rodeaban bajaron los párpados como para velar sus ojos radiantes, y los puñales entraron en sus vainas. El capitán fué reprendido con energía por Martín Luis, amenazado de ser fusilado sobre el campo y arrestado hasta el día siguiente. Fué un modo hábil de sacarle del peligro, y la presencia de Martín Luis protegió su retirada. «Si este hombre tiene la desgracia de aparecer en el dintel de su puerta después de la puesta del sol, es hombre muerto, —observó sonriendo Martín Luis, y se puso a tararear una canción. Esta circunstancia y mil otras me han probado que los Vascos precisan oficiales nacionales. El montañés es un león que puede ser guiado con un hilo, pero se irrita fácilmente, y hay que identificarse con él, participar de sus instintos y pasiones terribles para comprenderle y conducirlo sin riesgo. El extranjero que él desprecia, no podría tener éxito ni por la dulzura ni por la severidad.

X

LA VIZCAYA

La ingratitud de la camarilla legitimista obligó al general don Fernando Zavala a buscar un refugio en Francia, sin que la animosidad de los Castellanos tuviera en cuenta los servicios que había rendido a la causa de Carlos V desde el origen de la insurrección. El marqués de Valdespina que tomó parte en las victorias de aquel general contra Sarsfield, incurrió en la misma desgracia: se vió privado de su mando y se encontraba en la época de mi viaje junto

a la Junta de Navarra. Las relaciones que tuve ocasión de mantener con este digno señor me permitieron confirmar que no eran exagerados los elogios que se me hicieron de él. La Vizcaya, de la que fué tanto tiempo primer magistrado, constituía el motivo principal de sus conversaciones, y hablaba con facilidad elegante el dialecto de esta región. El incendio de su hermoso castillo de Ermua nos ha hecho perder una rica colección de libros vascos. Esta biblioteca fué de gran auxilio para Astarloa, docto vizcaíno que conocía sesenta lenguas y cuyas aberraciones filológicas, como las de Erro, van mezcladas con juicios verdaderos y profundos. También fué consultada por el ilustre G. de Humboldt en el viaje que hizo a España antes de publicar sus investigaciones sobre los antiguos Iberos.

«Los Castellanos, —me decía el marqués de Valdespina—, quisieran anonadar los títulos gloriosos de nuestra independencia y de nuestra nacionalidad, excitados por miras despóticas y por la envidia inveterada que alimentan contra los Vascos. El hermoso idioma *eskuara*, que es la prueba y el sello de nuestro origen, ha sido objeto constante de sus ataques, y hasta han intentado con corromper nuestra historia. ¿No ha escrito Llorente seis tomos para sostener que los Vizcaínos fueron sometidos por el emperador Augusto?

Los Castellanos se apoyan en treinta disertaciones para afirmar que los Vizcaínos de la Edad Media y los antiguos Cántabros no son el mismo pueblo, pero si el yugo de Roma humilló a nuestros antepasados, como Llorente ha pretendido, ¿cómo podremos atribuir el origen de su república a los Bárbaros, cuya invasión fué posterior en más de cuatro siglos a las memorables guerras de la Cantabria? No es menos inhábil sostener que las tribus euskarianas son resto de legiones góticas a las cuales los emperadores de Occidente hubieran confiado la guardia de nuestros Pirineos. Las cohortes bárbaras no fueron nunca encargadas de vigilar esa parte de la cordillera. Los Romanos ocuparon Lapurdium, en Novempopulania, manteniendo guarniciones en las fortalezas que Augusto y Tiberio hicieron construir en la orilla meridional del Ebro; pero los Imperiales no poseían posiciones militares en el territorio de los Cántabros. Mucho más tarde, cuando el tiempo debilitó el odio que dividía a las dos naciones, el comercio romano estableció algunas factorías en las costas de la Vizcaya y de Labort. En cuanto a los Navarros o Vascones, perseveraron fielmente en la alianza romana que Escipión y Pompeyo les hicieron aceptar. Entre las villas y hermandades

de la Navarra, Tarraga usaba en virtud de un tratado el título de confederada; Ilurce, el de municipio; Kaskan disfrutaba del derecho de *Latium*. Las otras repúblicas de Irún o Pompeyopolis, Ilumberry, Araquil, Seguia, Iturriza, etc., no solamente no eran tributarias, sino que sus milicias recibían siempre el salario del imperio para combatir bajo sus águilas. El infatigable valor de los Navarros se había señalado en la expedición de Marco Antonio contra los Partos, y reprimió la sublevación de Clodio Civil y de Alemania por la victoria de Gelduba. Más tarde, los Vascones, lejos de hallarse sometidos a la vigilancia de las hordas góticas, constituyeron el más firme apoyo del imperio de Occidente, desmembrado por los Bárbaros, y se mostraron, según la expresión de Orosis, más, Romanos que los mismos Romanos.

Uno de los recopiladores de que he hablado cita a los Alanos como fuente de la población euskara. Es cierto que estos conquistadores avanzaron por Novempopulania hasta los pueblos de Beneharnum y de Lapurdium, que redujeron a cenizas; pero el ejército indígena los derrotó completamente a orillas del Adur y, persiguiéndoles con ardor, les hizo repasar el Garona como fugitivos. En memoria de esta victoria los Vascos dieron al dogo el nombre de alano por alusión a los perros que corrían en tropel con los Bárbaros. Las pieles de animales de que los guerreros del Norte iban cubiertos, y el olor infecto que esparcían, recordaron a los montaraces del Pirineo los antiguos Celtas o Tártaros. Hacia la misma época, los Hérulos hicieron un desembarco en las costas de la Vizcaya para experimentar la misma suerte que los Alanos; las tres cuartas partes dejaron sus cadáveres en nuestros valles, y los demás volvieron a ocupar sus bajeles. No obstante, los Alanos se habían derramado en la Península por los Pirineos Orientales tras los Vándalos y los Suevos, dando un gran rodeo hacia el Mediodía para entrar en Portugal; los Suevos siguieron el mismo circuito y remontaron hasta Galicia y Asturias. Reciarío, rey de estos Bárbaros, habiendo hecho algunas devastaciones a lo largo de las fronteras de la Cantabria, fué rechazado por los Vizcaínos hasta hacerle perder las ganas de volver. El paso rápido de Eurico, rey de los Godos, por la Navarra, y el bloqueo de Pamplona, turbaron tan sólo un instante la paz profunda de los Pirineos Occidentales hasta las guerras contra Leovigildo. (Idacio y Moret.)

Los detractores de los Vascos, después de haber intentado oscurecer el brillo de nuestra historia antigua, no han dejado de asignar

a la lengua *eskuara* un origen moderno; algunos la confunden con los dialectos romances salidos del babelismo en la Edad Media, fijado hacia el siglo doce, queriendo desprender de nuestro vocabulario cierto número de expresiones procedentes de las lenguas griega y latina. Confieso que debemos a los Bárbaros las palabras *rey, reina, imperio, emperador, príncipe, principado, servidor, esclavo, miseria*, etc. En cuanto a las otras palabras tomadas en préstamo, cuyas equivalencias existen en el idioma vasco, su antigüedad quedaría demostrada por ese cambio y no anuncian sino las relaciones diarias de dos pueblos de raza distinta a los cuales la necesidad de comprenderse mutuamente obligó a mezclar sus lenguajes para crearse una lengua común. Sin embargo, como las tablas filológicas perduran, esos gramáticos, con vivo pesar, se han visto forzados a reconocer en el dialecto guipuzcoano hasta tres mil raíces que le pertenecen por derecho propio, y pueden contarse doble número de radicales en los otros cinco dialectos euskaros; lo que provee un vocabulario original, sin rival por su extensión y riqueza, ya que cada raíz vasca, como germen poderoso, desarrolla una serie de ramificaciones analógicas que atestiguan en el verbo primitivo filosofía divina y fondo lúcido de inspiración.

Tres hombres célebres, Humboldt, Laborde y Nodier, escritor este último más instruido, más elegante, el más rico de nuestro siglo, han proclamado en nombre de Alemania y de Francia la civilización de los antiguos Iberos. Nuestro *eskuara* primitivo no tiene raíces comunes sino con el Sánscrito y los dialectos meridionales de la India Occidental. Los gramáticos ignorantes que hacen nacer a este bello idioma en el siglo once, asignándole el mismo origen que a los dialectos romances, pueden enseñar el alfabeto y la lectura a chiquillos de cuatro años, pero deben callarse en presencia de los verdaderos filólogos. Les considero incapaces de comprender nada de nuestro divino *eskuara* y de su sistema maravilloso gramatical, y aún menos la vocalización virgen y sabia de este idioma que provee la definición explicativa de una infinidad de símbolos religiosos y mitos antiguos.

A todos esos incrédulos que ponen su insignificancia literaria al servicio de una idea religiosa o política, puede oponérseles como pruebas irrecusables de la antigüedad de nuestro euskera: la geografía de la Iberia primitiva y del Africa, conservada por los autores griegos y romanos; el testimonio del geógrafo español Pomponio Mela y el de Séneca; las crónicas romances del siglo décimo en las

cuales se hace mención de la lengua difícil de los Vizcaínos; y en fin, improvisaciones que datan de los primeros siglos de la era cristiana, de las cuales una empieza así:

Eun urte igairota
Ura bere bidean,
Jaun Satordin mintzatu da
Iruñeko irian.

Los Vizcaínos y los Navarros, llamados por los autores griegos y romanos *Cantabri*, *Vascones*, no recibieron los nombres de *Navarri* y de *Biskaini* sino hacia el siglo octavo, época en que nuestros sacerdotes escribieron en latín clásico los primeros elementos de nuestra historia moderna. Las lenguas castellana y francesa adoptaron mucho más tarde esas denominaciones euskaras; pero resulta de esos cambios cierta confusión que la sana crítica y el estudio de la cronología deben aclarar. Esta circunstancia y las calificaciones diversas que los Vascos de Francia han llevado según los tiempos, ocasionaron la mayor facilidad para embrollar la cuestión de nuestro origen por parte de los impostores literarios sin escrúpulo en enturbiar las santas páginas de la historia. Nación pobre y pequeña, las divisiones duplican nuestra debilidad. No tenemos historia general, y los grandes pueblos vecinos nuestros, con los cuales estuvimos tanto tiempo en guerra, se complacen en denigrarnos. ¡Oh!, ¿qué sable poderoso, qué inteligencia fuerte vengarán a los hijos de Aitor de la tribulación secular que el reino de los Bárbaros les hizo sufrir?

La Vizcaya es de todas las regiones euskaras aquella en que las costumbres patriarcales han sufrido menor alteración, y los pueblos que se encuentran contienen apenas la cuarta parte de su población, habiendo sido edificados en su mayoría después del siglo duodécimo. Los monumentos públicos que los decoran son de fecha aún más reciente y debidos al gusto de algunos arquitectos nacionales, entre los cuales hay que citar a Olarvide. El resto de la población se halla diseminada en los montes. Solo se precisa un porte decente. y cortesía para viajar entre los Vizcaínos de día o de noche con la mayor seguridad. Los montaraces, muy distintos a los Castellanos que persiguen a los Franceses con gritos y tirándoles piedras, responden al viajero con saludo grave y benévolo. Les muestran los caminos que se deben seguir, con el mismo agrado que el Parisino indica las calles de su capital al extranjero. Los Vizcaínos acostumbran a sus hijos a correr delante de los pasajeros ofrecien-

doles frutas y flores con prohibición expresa de no aceptar nada en cambio. Les inculcan así la noble inclinación al desinterés y la generosidad. La hospitalidad del Vizcaíno es siempre gratuita, siendo una ofensa ofrecerle dinero, porque respondería con tono severo: «Le ruego crea, señor extranjero, que mi casa no es una posada».

Cada casa, rodeada de un jardín, de un huerto, de campos, praderas y bosques, forma el centro de la propiedad patriarcal que es para el jefe o *jaun* un pequeño reino. Vallas conservadas con el mayor esmero forman el cerco de cada pieza de terreno. El amor a la propiedad es un rasgo distintivo en el carácter del Vasco, y solo cede en puesto a su amor al orden. De todos modos los Vizcaínos, criados en sentimientos de fraternidad republicana, no podrían gozar del bienestar si es exclusivo, no siendo accesibles al egoísmo. Su previsión ha poblado los montes de groselleros, manzanos, perales silvestres cuyos frutos se hallan a la discreción de los pasajeros y de los pobres. Nogales y castaños forman grandes bosques. El altivo montañés prodiga todo lo que posee sin querer pedir, pues tiene la delicadeza de evitar a los demás esta humillación. Cuando la guerra destruye sus plantaciones comunes, los Vizcaínos las renuevan con asiduidad religiosa, consagrando cada año a este trabajo varios días festivos. Es un cuadro encantador ver a los montañeses vestidos con sus mejores trajes dispersarse por los valles en grupos alegres y bailar cantando al son del txistu y del tambor alrededor de un arbusto que plantaron. Esas fiestas en la idea de los Vizcaínos, son una conmemoración de las primeras edades cuando sus antepasados se entregaban en común al trabajo de los campos.

Los magistrados de la provincia que fueron beneméritos para sus conciudadanos, son proclamados *padres de la patria*; marchan en triunfo en medio de las poblaciones que les ofrecen banquetes homéricos. Las bodas de Camacho no igualarían la prodigalidad de esos festines en que se ve a toda la población de un valle sentarse junto a mesas puestas al aire libre bajo la sombra de florestas olorosas; jóvenes y lindas mozas, tocadas con extrema limpieza, hacen el servicio; fuentes artificiales distribuyen vino; bueyes enteros se tuestan al sol. Más de un viajero convidado, ha experimentado sentimientos ignorados y gustado por primera vez las dichas de una libertad fraternal.

Antaño, a la muerte de un Vizcaíno, la población a la cual pertenecía, se enlutaba durante varios días, haciéndose el entierro

con gran pompa. La mujer del difunto se cubría la cabeza con un velo llamado *buruzea* y acompañaba al ataúd lanzando gritos desgarradores, entre los cuales se distinguían estas palabras: *¡ay ene!*; y la viuda se precipitaba sobre el cadáver y lo estrechaba en sus brazos. Iba seguida de las lloronas, cuya voz melancólica dejaba escuchar el elogio fúnebre y la genealogía que los Vascos llaman *eresiak*. Las más queridas amigas de la viuda excitaban su desesperación en vez de calmarla, y la impulsaban alternativamente diciendo con voz exaltada: *Galduahaiz eta galhadi* (todo se ha perdido para tí, no te queda sino perecer). Las vascas, al abandonarse a su dolor inmoderado, se arrancaban los cabellos y se martirizaban la cara. La influencia de los sacerdotes católicos consiguió una ley de Guernica prescribiendo a las mujeres, según parece, que tuvieran cuidado de su belleza.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El Vizcaíno disfruta de libertad individual en toda la latitud del derecho social, y leyes sabias protegen su dignidad de hombre libre. Sus armas y su caballo de batalla no pueden ser confiscados bajo ningún pretexto, sin que sea tampoco encarcelado por deudas. Cualquier delito de que sea culpable en España, no depende sino del juez de Vizcaya en virtud del principio por el cual todo hombre no debe dar cuenta de sus actos sino a la ley nacional cuya influencia ha regido su educación y modificado sus ideas y sus inclinaciones. Las cárceles de la Vizcaya son buenas, perfectamente aireadas y sin calabozos; los detenidos no llevan grillos, siendo tratados con humanidad. Nunca hubo Vasco que aceptara el oficio de verdugo; son Asturianos y Castellanos los que vienen a ejercer en la Vizcaya tan triste ministerio en las raras ocasiones en que es preciso recurrir a ellos. Los antiguos Cántabros precipitaban a los culpables desde lo alto de una peña; los parricidas eran apedreados por el pueblo.

La danza es la diversión favorita de los Vizcaínos. La *karrika-dantza* (danza de las calles) reúne a todos los habitantes de un pueblo, jóvenes y viejos. La ley prescribe que las amas de cría figuren

teniendo en los brazos a los niños de teta, porque el ruido jovial de las fiestas de la patria debe resonar temprano en el oído del vasquito. En las *Romerías* que se verifican fuera de los poblados, en las praderas, las mozas y mozos llegan primero al teatro de la fiesta bailando agarrados de las manos; las personas casadas avanzan a su vez ejecutando figuras que tienen algo de marcial y dramático. Barriles que sirvieron para contener aceite de ballena son encendidos al llegar la noche y esparcen llamaradas de luz sobre esta escena original. Cada danza termina con sones agudos que las flautas dejan oír para que los bailarines se dispersen entre gritos. La imaginación asigna por horizonte a estos festejos populares los bosques tupidos en que los antiguos pasaban las noches de plenilunio. Basta relacionar la jovialidad del Vasco, sus costumbres hospitalarias y alegres, con las guerras desastrosas que este pueblo ha sostenido de siglo en siglo y con las heridas sangrientas de que se halla cubierto, para que su nacionalidad original y el encanto en que vivió durante las primeras edades se revelen por sí mismos a la idea del observador.

Raza predestinada, que invencible fatalidad empujaba hacia su término, ¿qué esfuerzos generosos y constantes no hicieron los Euskaros para conservar nacionalidad e independencia? ¿Qué olas de sangre no derramaron para seguir a través de las revoluciones sociales la línea política trazada por los ancianos de Guernica? Oponiendo a Roma los Celtíberos; a los Francos, la Aquitania y los reyes de Toulouse; a los Moros, la Castilla; como oponen hoy a la revolución castellana la monarquía de Carlos V. Se mostraron con brillo en todos los campos de batalla en que el destino del Occidente se decidió por las armas durante la Edad Antigua. Las campañas de Anibal en Italia, las insurrecciones de Viriato y de Sertorio, los sitios de Numancia y de Calahorra, los combates célebres de Munda, de Farsalia, ofrecieron a los Vascos ocasión de desplegar valor incomparable, constituyendo una preparación para la lucha que debían entablar cuerpo a cuerpo con el imperio romano.

Es positivo que la agresión se produjo de parte de los Vizcaínos; las puertas del templo de Jano habían sido cerradas en Roma; profunda paz reinaba en el universo cuando los montaraces hicieron oír el grito de guerra enarbolando su *Lábaro* en Guernica, estandarte sobrepuesto de cuatro cabezas solares con larga cabellera. Ante esta señal, los Asturianos, recientemente subyugados, se alzan en armas, los Gallegos, se sublevan por todas partes, Lusitanos y

Celtíberos se agitan en sus cadenas; la España está a punto de deshacer el yugo del imperio que pesa sobre ella desde hacía dos siglos.

Sigesama, villa principal de los Vascos sobre la orilla del Ebro, se convierte en punto de cita general de las legiones romanas. Durante siete años de lucha feroz, el emperador Augusto y sus mejores lugartenientes, Emilio, Antistio, Carisio, Agrippa, Furnio, a la cabeza de las legiones más aguerridas del imperio, no pudieron triunfar del heroico valor de los montañeses. Los Iberos pirenaicos señalaron su resistencia por desesperados esfuerzos que revelan la omnipotencia de un principio divino y el fatalismo enérgico del hombre previsor y libre. Aquí, guerreros mutilados por el hierro enemigo, echan de menos las manos valientes que no empuñarán más el hacha de los combates; allá, madres sublimes se inmolan con el mismo puñal que hirió al hijo querido; más lejos, el viejo Cántabro hace una hoguera con su casa para entregarse a las llamas sentado en el hogar de sus padres; en Roma, doscientos prisioneros rompen sus cadenas de un día, degüellan a sus amos en una noche y vuelven a sus valles natales para comenzar de nuevo con más encono esta pelea suprema. ¿Diré que todos esos jefes cántabros espían su amor a la libertad en el suplicio de los esclavos, pero conservando en medio de las torturas aspecto sereno y desafiando la crueldad de los verdugos con exclamaciones de desdén y de amenaza, con canciones guerreras y risas insultantes....., mientras los ancianos del roble, reunidos en lo alto de las montañas, lloraban los desastres de la patria y se envenenaban en un festín fúnebre y postrero? (Floro, Plutarco, Suetonio, Estrabón, Orosio, Alfonso Sancho).

El *Bilzar* había previsto los desastres que una provocación audaz podía atraer sobre los Pirineos con las armas del imperio. ¿Qué motivo de venganza o de gloria hizo alzar a los Vizcaínos el estandarte de los combates en el momento en que Roma, apoyada en el universo como en un trofeo, iba a reposar con la embriaguez de la victoria y de los placeres? Fué uno de esos entusiasmos sublimes que constituyen todo el porvenir de un pueblo. El roble la de libertad ibérica replantado en los Pirineos, no había aún afrontado tempestades. Arrastrado por una de esas posiciones solemnes que las revoluciones sociales atraen rara vez sobre el globo, el pueblo de Aitor desafió en su última patria y baluarte a los vencedores de las naciones y provocó esta lucha desigual como una prueba de su destino. La prueba fué decisiva. Augusto, al cabo de algunos meses, abandonó el teatro de la guerra, atacado de enfermedad peligrosa,

resultado de fatigas y pesares cuya negra impresión le siguió a la tumba. Antistio, Carisio y Furnio sujetaron a duras penas las sublevaciones de los Asturianos y Galaicos. Agrippa, llegado de las Galias con los veteranos, consiguió varios éxitos contra los Guipuzcoanos e hizo descender a algunos de ellos hacia las llanuras de Alava. Este general pensó que la debilidad de esos desterrados, su residencia en país más riente y fértil, y la vecindad de los pacíficos Beronianos suavizarían insensiblemente su amor inquieto por la independencia y la guerra. No escribió al senado dándole cuenta de su conducta y rechazó el triunfo que Augusto quería concederle. El final de la guerra no fué nada glorioso para los Romanos. Agrippa se vió obligado a degradar la legión de Augusto, que se negaba a marchar al combate, y a diezmar varias cohortes que la sola presencia de los pirenaicos ponía en fuga. Velleius Paterculus nos refiere que los veteranos hacían su testamento antes de librar batalla a los Cántabros.

En último resultado, los de Santander y Laredo, conocidos entonces bajo el nombre de Pésicos, los Autrigones de la Rioja y de la Bureba y los Várdulos-Alaveses permanecieron confederados con los Asturianos y la nueva provincia de Galicia. Las tribus de Guipúzcoa y de la Vizcaya propiamente dicha, Vasco-Várdulos, Caristios, Origevions, Cántabros, conservaron su independencia, últimos restos de la confederación de que fueron alma y fuerza. Se ve en Plinio que estas poblaciones vivían exentas de tributo y que no enviaban diputados a los Estados de la provincia romana, congregados en Clunia. Augusto y Tiberio hicieron construir en sus fronteras un cinturón de fortalezas cuyos oficiales civiles y militares recibían directamente las órdenes del Emperador, como si la guerra fuera permanente.

Floro escribía dos siglos después de las guerras cantábricas, que no legaron a los Romanos sino espantosos y humillantes recuerdos. Confunde a propósito el tiempo, lugares, personas, y envuelve los diversos acontecimientos de siete años en el velo de una comparación poética. Dión puso más exactitud y buena fe en su relato. A medida que se acerca la época de Tiberio y de Augusto, los escritores romanos evitan el pronunciar hasta el nombre de Cántabros. Para explicar su silencio, no se debe recurrir a esa vileza de adulación o de temor que acalla o hace mentir a la voz de la historia bajo el reinado de los tiranos. Las armas y la política de los Romanos tendían a la conquista universal; los historiadores del pueblo domi-

nador tuvieron por norma mostrar únicamente a Roma ante los ojos asombrados de la posteridad. El hacha vizcaína había' hecho brotar con un solo golpe en los Pirineos una gloria rival. Los Romanos se vanagloriaron de que ella se apagaría por sí misma a la sombra de las montañas, no poseyendo el Euskaro, para hacerla revivir, nada más que los cantos fugitivos y misteriosos de sus Bardos. ¡Vana esperanza! ¡El imperio romano cayó hace quince siglos; el roble de Guernica florece aún! Los himnos de alabanza con que Horacio mecía el orgullo de Octavio, no son sino voces de ruinas, vano rumor incomprendido por los pueblos occidentales; mientras tanto, los brazos de la prensa multiplican para el porvenir las hojas que un hijo del Pirineo consagra para celebrar en la nueva lengua los triunfos de sus abuelos y la santidad de su república solar.

El *Bilzar* fué grande y sabio, y marcó con esqueletos romanos el lugar de nuestro Capitolio. Las memorias que esta guerra nos ha legado ejercen imperio mágico en los Vizcaínos. «¿No sois el mismo pueblo que los Romanos, vencedores del mundo, no pudieron doblegar?». Así hablaría a los pirenaicos el famoso Pelayo cuando se dispuso a reconquistar a España expulsando a los Moros.

XI

A LOS CASTELLANOS

¿Dónde estábais cuando los Euskaros, nuestros antecesores, poblaron la Península y vieron florecer durante tres mil años en las provincias ibéricas los robles de sus doce repúblicas? Cuarenta siglos pasaron desde la invasión de los Celtas, y no habíais nacido aún, mientras nuestra raza, tan vieja como Europa, era ilustre en Occidente.

¿Pretenderíais ser los representantes de aquellos Visigodos cuyo dominio comenzó con matanzas y terminó en una orgía? Los Vascos volvieron a recobrar de los Bárbaros la llanada de Alava; en vano Leovigildo volvió a tomarla implantando algunos tributos. Los Alaveses sacudieron el yugo al advenimiento de Recaredo, llegando a ser su territorio campo cerrado en que los dos pueblos se libraron combates encarnizados durante los reinos de Gundemaro, Sisebuto, Suintila I, Tulga, Chindasvinto, Recesvinto y Wamba. La expe-

dición de este último, relatada por el obispo Julián que acompañaba al monarca bárbaro, restableció momentáneamente los tributos impuestos por Leovigildo; pero la historia atestigua que los Alaveses reconquistaron a su muerte la plena independencia para mantenerse en ella durante los reinados de Egica, Ervigio y Roderico.

Los Vascos, constantemente en guerra con los Visigodos, rechazaron el yugo de los Bárbaros y desdeñaron su alianza. Si Liliolo, obispo de Pamplona, apareció en el concilio en que Recaredo adjuró del arrianismo con todos sus sujetos, las hostilidades se reanudaron entre los dos pueblos en cuanto regresó el obispo montañés, y jamás sus sucesores asistieron, ni aún representados por vicarios, a los numerosos concilios celebrados por los Godos católicos en Toledo y en la Tarraconense. Los montañeses inspiraban tal terror a los Visigodos, que los eclipses de luna o de sol eran considerados por este pueblo ignorante como siniestros presagios de incursiones de Navarros y Cántabros (Isidoro de Badajoz).

La conquista de los Romanos fué sangrienta; la peste y el hambre acompañaron a la invasión de los Godos; el establecimiento de los Moros en España se efectuó bajo auspicios más felices. Un revés de cimitarra africana volcó la monarquía gótica y, apenas pasaron diez y ocho meses desde el desembarco de Taric Ebn Nokair, cuando el estandarte del islamismo flotaba ya sobre la orilla meridional del Ebro. Los Sarracenos franquearon los Pirineos Orientales sin obstáculo y se lanzaron sobre la Narbonense tras los Godos fugitivos. Vuestros historiadores han escrito para adularos que los Godos cristianos, refugiados con Pelayo en Asturias, comenzaron la obra gloriosa de la regeneración española; ¡pero no fué así, castellanos! (29).

La conquista de España por los Arabes-Moros fué una carrera triunfal hasta el Ebro. Una mezcla de Celtíberos, Romanos y Suevos poblaba en esa época Asturias. La monarquía de Reciaro, esforzada en mantener su independencia a favor de la guerra que los Vizcaínos libraban a los Visigodos, buscó naturalmente su apoyo a la llegada de los Moros. La insurrección de los altos valles de Asturias siguió espontáneamente al alzamiento que Navarros y demás Vascos lle-

(29) Véase para la historia de la expulsión de los Moros: Servando, Sebastián de Salamanca, Rodrigo-Ximenez, Lus de Tuy, Isidoro, Rodrigo de Toledo, Luis Marmol, Sandoval, Morales, Jepes, Zurita, Henao, Moret, Ferreras, Oyhenart, Mariana, etc. También la Historia Universal de los Ingleses y la traducción de todas las crónicas árabes conocidas, por José Conde, bibliotecario del Escorial (Nota del Autor).

varon mancomunadamente; los Navarros, proclamando un duque o jefe militar, llamaron a la independencia a las poblaciones célticas de Aragón. Los Vizcaínos apretando los lazos de su federación al pie del roble simbólico y enarbolando un nuevo estandarte sobrepujado de tres manos sangrientas con este exergo: *Irurak Bat* (las tres no hacen sino una).

Pronto, Pelayo al frente de los Vascos, se unió a los Asturianos sublevados, expulsó a los Moros establecidos en esa región y fué proclamado rey de Oviedo. Soldado de fortuna, como Zumalacarregrui, era Cántabro (30), y los jefes intrépidos que dirigieron las cruzadas de montañeses cristianos contra los musulmanes, Favila, Ordoño, Fruela, Alfonso el Católico y Ugarte, su lugarteniente general, pertenecían a la raza.

Los Vascos, durante el gobierno de los emires, llevaron sus armas victoriosas hasta el corazón de España. Las guerras de Aquitania suspendieron algún tiempo la cruzada que los pirenaicos habían emprendido contra los Moros. Abderramán, primero de los califas Omeyyas de Córdoba, estableció su imperio hasta el Ebro, sin oposición por parte de los cristianos de las llanuras. Pero, después de la victoria de Roncesvalles, los montañeses bajaron conquistadores al otro lado del Ebro. Opusieron una barrera infranqueable a los progresos del islamismo y preservaron diez veces a Francia de la invasión de los Moros durante los días de debilidad y de anarquía que entregaron ese reino a las devastaciones de los Normandos bajo los últimos Carlovingios.

El pequeño condado de Castilla no existía aún cuando Sancho Mitarra conquistó la zona que bordea el Duero en su fuente, plantando el pendón de Navarra sobre las ruinas de Numancia, rindiendo a Nájera, foco de los Sarracenos del Norte y que convirtió en capital de un reino efímero. Los Vizcaínos dejaron a los sucesores de Pelayo para seguir preferentemente a los reyes de Pamplona, y Asturias se vió amenazada de volver a ser conquistada por los Musulmanes. Almanzor el Victorioso tomó por asalto la villa de León y apareció el primero en la brecha blandiendo en una mano su brillante cimitarra y en la otra el estandarte del profeta. ¿Qué hacía entonces el rey Bermudo? Se escondía con sus tesoros en los valles más inaccesibles de Asturias, implorando con voz suplicante el socorro del rey de

(30) Valera-Guevara, Saavedra, Carrillo, Lucas, Henao, Herrera, Echave, Mendoza (Nota del Autor).

Navarra desde aquellos mismos asilos en que Pelayo se había aprestado para la conquista, La victoria de Gormaz, conseguida por Sancho II, y por los Vascos, humilló al altivo Almanzor; la de Calatañazor, en la cual el valor de los Vascos brilló tanto bajo el mando de García el Temblón y puso en ataúd a la dinastía de los califas Omeyas. Almanzor murió de rabia, y los quejidos que hizo oír antes de espirar en su palacio de Medina Celi, han resonado en la posteridad para gloria de los montaraces pirenaicos. Este triunfo preparó el reinado de Sancho III de Pamplona, que tomó el título de emperador y mereció el sobrenombre de Grande; erigió Aragón y Castilla en reinos para sus dos hijos Alfonso y Ramiro.

La caída de los califas Almoravides fué en gran parte obra de Alfonso de Navarra, quien por Veintisiete victorias señaladas mereció el sobrenombre de Batallador. La dinastía de los Almohades se vió expulsada de España con su rey por la batalla de Muradal. Los Vizcaínos se hicieron dueños de los desfiladeros de Sierra Morena; y los Navarros, teniendo a la cabeza a su rey Sancho el Fuerte, alcanzaron en la llanura una victoria completa. Esta jornada fué célebre durante mucho tiempo en las tradiciones del desierto bajo el nombre de Alhacab.

Los Vascos no solo expulsaron a los Moros de España. Repoblaron en parte las provincias castellanas a medida que aseguraban su conquista. Sus colonias debieron conservarse distintas antes de mezclarse con las poblaciones vasallas; y se ve por las cartas de Gil Pérez, que varias poblaciones de la provincia de Toledo, entre otras las de Valverde y de Alcontras, hablaban aún en el siglo diez y seis, la lengua vasca, dialecto guipuzcoano.

Los Vascos conquistaron Canarias y han señalado la América. Acompañaron a Cristóbal Colón. El navegante Sebastián de Elcano, que fué el primero en rodear el mundo, y su camarada Elgorriaga, eran ambos guipuzcoanos. Pedro Navarro mereció en sus campañas de Italia ser llamado gran capitán e inventó el arte de las minas en el sitio de Nápoles, como Elizagaray, bajo-navarro, inventó más tarde las bombas para el bombardeo de Alger. Fué vasco quien hizo prisionero en la batalla de Pavía a Francisco I, rey de Francia.

Estos eran los motivos corrientes de nuestras conversaciones en la Junta de Navarra. Cada cual aportaba a la tertulia el giro y el matiz particular de su ingenio. El señor Videando, de pequeña estatura y fisonomía expresiva, instruído, vivo, elocuente, nos deleitaba con sus entusiasmos patrióticos, a los cuales hacían eco el alma

enérgica de Marichalar y la imaginación guerrera de Martín Luis. El abogado Díaz del Río, venerable anciano, desarrollaba sus ideas sobre legislación comparada de los pueblos y discutía con flema jocosa los títulos constitucionales de nuestros vecinos. El secretario Peralta salpicaba las charlas más graves con salidas selladas de ingenuidad picaresca. El capellán de la Junta, el abate Echaverría, joven alto y seco, de tez morena, ojos hundidos, hacía contraste con el jovial y robusto secretario, representando en medio de nosotros por su natural triste y melancólico el pensamiento religioso del catolicismo.

Estábamos en Huici desde hacía varios días y nuestra salida de Ezkurra había motivado la entrada inmediata de los cristinos en esa aldea donde esperaban sorprendernos. Entre tanto, Zumalacarregui apareció en Lecumberri al frente de cuatro batallones y acompañado del general Eraso, que mostraba en sus bellos rasgos alterados por el sufrimiento, la traza de los pesares que le llevaron a la tumba. Zumalacarregui había enviado el día anterior a la Junta un escrito por confidente fiel, rogándola que se dirigiera a Lecumberri en la mañana siguiente. Tuvo allí con ella una larga conferencia relativa a los acontecimientos de la campaña y a la dirección que convenía imprimir a la guerra.

XII

EL HOMBRE DE LA GRAN ESPADA

Las Juntas federales de las provincias vascas eran el alma de la insurrección del Norte, como Zumalacarregui era el brazo. Tipo del genio montañés, este jefe reasumía en él toda la poesía de la guerra. Naturalmente serio y sombrío, comenzó la lucha nacional con la abnegación de los mártires. Alentado por el sentimiento religioso del patriotismo y del deber, la esperanza no había aún aclarado delante de sus ojos el duro porvenir de las tempestades y, encerrando en sí mismo sus votos ardientes, sus proyectos atrevidos y su pensamiento profundo, descendió triste, pero con prestigio, al escenario de los primeros combates, que formarían su gloria. Pero, a medida que los golpes de esta valiente espada revelaban el destino del héroe, la aureola de la victoria y el resplandor del genio iluminaban su frente

tormentosa, estallando a pesar suyo la embriaguez del triunfo en sus arranques de entusiasmo y en su jovialidad electrizante. La voz del pueblo y del ejército, unidas a los bardos inspirados de las cumbres, vibraba en su alma con el poder de una poesía armónica, redoblando cada día el encantó de sus sueños exaltados. Fué en esta situación en la que ví por primera vez a ese gran hombre de Lecumberri, pareciéndome todo en él soberano, mágico, imperioso: su mirada, su gesto, su palabra. Los instintos monárquicos del partido, castellano y la envidia egoísta de una camarilla ignorante entregada a prácticas devotas y a mezquinas intrigas, acudían a cada momento a contrariar sus miras interrogando el secreto de sus planes. En vano intentaría yo describir la dignidad con que formulaba su negativa a obedecer otras inspiraciones que las suyas y la amenaza de retirarse antes de soportar el menor atentado a la libertad de su mando. La Junta de Navarra podrá atestiguarlo, y los enviados del cuartel general no habrán olvidado la contestación del general en jefe: «Podéis decir al Rey que el ejército está a sus órdenes; una palabra más, una sola palabra, y romperé mi espada. ¡Marchad!».

He dicho en el capítulo anterior el móvil con que Zumalacarregui, acompañado del general Eraso, había avanzado hasta Lecumberri. Apenas le llegó la noticia del compromiso de Ezkurra, púsose en marcha para cortar la retirada a las columnas enemigas, y pronto supo por sus espías que Sagastibelza acababa de dar caza a los cristinos y que era demasiado tarde para poder alcanzarles. Entonces volvió sobre sus pasos para entrar en Lecumberri manifestando la intención de pasar allí la noche, suponiéndose que volvería a salir al alba con dirección a la Ribera.

La Junta había regresado a Huici. Solamente corto número de oficiales nacionales tenían el privilegio de asistir a la cena y de tomar parte en la conversación de los representantes de Navarra. Se habló de Zumalacarregui, de sus grandes cualidades, y los miembros de la Junta no disimulaban el entusiasmo que había sabido inspirarles durante la conferencia de aquella mañana. Un sitio y un cubierto permanecieron vacíos entre el digno presidente Marichalar y el secretario Peralta. Como algún oficial preguntara por el convidado ausente, no obtuvo respuesta y la pregunta se esfumó en la conversación general.

Vestido con capote pardo y tocado con la boina de los voluntarios, el Huérfano de los *Videntes* cruzaba en aquel momento las alturas que separan Huici de Lecumberri. La rapidez de su carrera

indicaba bien que temía llegar demasiado tarde a algún lugar de cita; su delgado talle, aunque alto, sus débiles miembros y la agilidad con que se lanzaba a través de los obstáculos del camino, dejaban reconocer a un hombre joven; llevaba en la mano uno de esos trabucos de boca ancha que se fabrican en la Vizcaya y que llevan el nombre de esa región.

Era una noche de mediados de abril, y para fijarla en la memoria guardo el recuerdo del claro de luna magnífico que iluminaba las cumbres; el aire era tibio, el tiempo hermoso, pero el viento oeste comenzaba a soplar preludiando las largas lluvias con que terminó el mes de abril. El horizonte de las montañas aparecía negro por el lado del océano; a cada minuto se desprendían nubes que cruzaban el firmamento con majestad de sombras de Ossian; los montes volvían a hundirse entonces en las tinieblas, y las fogatas de los vivac, encendidas por los voluntarios en torno de Lecumberri, brillaban sobre las colinas. Los guerreros montaraces se entregaban al sueño; el campo se sumía en el silencio; las campanas de Lecumberri y de Allí, tintineando alternativamente, sonaron las once.

El Huérfano de los *Videntes* llegó a la vista de Lecumberri y se detuvo algunos instantes para escuchar sobre la altura. Un tumulto de pasos y voces confusas acudió a su oído contrariándole vivamente, ya que los montaraces que trepaban por la ladera debían hallarse dotados de vista más penetrante y oído más fino que el suyo, porque mientras vacilaba acerca de la dirección que debía tomar, una voz recia gritó «¡quién vive!» a veinte pasos debajo de él, y se alzó lentamente por encima de los brezos una cabeza envuelta en un pañuelo: era un veterano sargento de guerrilleros. «¡Navarra!», contestó el Huérfano conservando su inmovilidad. «¿Qué bandera?». «¡La Libertad!». A esta palabra el joven cae con viveza sobre sus manos, se arrastra y se esquivo sin ruido a través de los bosques temiendo sin duda que su réplica fuera acompañada de un balazo; pero el sargento veterano puso en descanso la carabina con que apuntaba y dijo a su tropa: «¡Hum!, ese cristino no ha recordado bien el santo y seña del día, pero no importa, porque es de los nuestros; es un ciudadano de la libertad. ¡Que todos los caminos le sean libres, y buena suerte!».

El Independiente, que así le denominaremos en adelante, fué guiado en su marcha por una aparición que chocó con sus miradas: un hombre envuelto en capa negra acababa de escalar la cumbre de una altura vecina y se hallaba de pie con inmovilidad de estatua

sobre el pedestal, exagerada su estatura por el resplandor de la luna, que proporcionaba a su actitud algo de bronceo y dejaba ver claramente la punta de su espada sobresaliendo a lo largo de la capa. El Independiente, sofocado pero jovial, llegó pronto hasta él para saludarle respetuosamente con donaire que equivalía a decir «¡héme aquí!» y, tomando la mano que el guerrero le tendió silenciosamente, descendieron juntos la colina del lado este para detenerse en una meseta. El Hombre de la Gran Espada, fumando gravemente su cigarro, arrojó su capa sobre un banco de peña y se sentó fijándose con expresión indefinible en el joven que se hallaba de pie frente a él. Ambos guardaron silencio durante algunos instantes.

El joven se complacía en examinar la amplia boina del guerrero, su pantalón encarnado y su zamarra agujereada por las balas, pero el examen alcanzó poderoso interés cuando descansaba la vista sobre el semblante viril y severo del Hombre de la Gran Espada. «(Sí,—me decía—, esos bigotes bravíos, esos labios móviles, esa nariz pronunciada, esos ojos grises, brillantes bajo cejas espesas, como los de un tigre, le hacen parecerse a Cromwell; pero la barbilla breve y seca, los pómulos óseos, la frente alta y descubierta, acusan con más energía y resolución el valor caballeresco y la franqueza del soldado que caracterizan al libertador de Navarra. Su fisonomía no presenta ningún indicio de sombrío misticismo ni del fondo astuto del Inglés, ofreciendo hasta alguna semejanza con la cabeza sajona de Blucher». Y abandonando de lado el trabuco con que se presentó armado, ante la invitación del Hombre de la Gran Espada tomó asiento el Independiente, a su lado y sobre la misma peña. El guerrero inició así la conversación:

—Habrás experimentado alguna sorpresa al ver el pintoresco uniforme de mis oficiales y el mío. Confieso que no se parece en nada a los brillantes trajes de un estado mayor francés o castellano, pero encuadra bien entre pobres montañeses y aldeanos. La boina redonda fué el tocado nacional de nuestros antecesores; respecto a mi zamarra, me da bastante el aspecto del oso cuya piel visto.

—¡El oso, atacado en su madriguera, se alzó!, —exclamó el Independiente—; destrozará a sus enemigos, y digo que los devorará.

El Hombre de la Gran Espada lanzó sobre su compañero una mirada ardiente, que pareció satisfacerle. Volviendo a tomar su aspecto impassible, añadió:

—El oso está más cerca de lo que se cree, de devorar su presa, y solo siento que Mina se retire.

—¡Que se vaya!; él, que no repara en ponerse a la cabeza de bandas extrañas para traer la matanza y el incendio a su país natal. ¡Que se vaya! Francia le recibirá en sus brazos señalado con una de esas heridas que no son nada honorables y que todas las páginas ennegrecidas en elogio suyo no bastarán para curarla.

—Fuera de aquí, ese lenguaje sería imprudente, joven.

Por toda respuesta, el Independiente pellizcó sus dientes con la uña del pulgar y extendió su brazo lanzando un silbido prolongado, lo que entre los montañeses es señal de perfecto desdén. El Hombre de la Gran Espada dirigió de nuevo sobre su compañero la mirada fija que le era habitual y, moviendo la cabeza y sacudiendo la ceniza de su cigarro, el labio móvil dibujó una sonrisa tras la nube de humo, que veló sus rasgos.

—Mina, —prosiguió tras un momento de silencio—, se hizo justamente célebre durante la guerra de la independencia, Los Franceses ejercían entonces con respecto a los Vascos el sistema de terror que nos aplica hoy; pero, por cada montañés fusilado en Pamplona, cuatro Franceses degollados eran cada mañana clavados a las puertas de la ciudad. Mis guerrilleros se acordarán todavía y aquel ejemplo no se ha perdido. ¿Por qué hemos de tratar a los cristinos de diferente manera que a los Franceses?

—Mina no era sino un jefe de cuadrilla, —repuso el Independiente.

—Supo luchar sin gran desventaja contra Harispe, uno de los mejores lugartenientes de Napoleón: sin contradicción el que mejor conocía la guerra de montañas, y que podría reivindicar la mejor parte de la gloria de Suchet. Harispe, sin salir de Bayona, ha obstaculizado más mis éxitos con su táctica e instrucciones que todos los generales de Cristina, ¡cadajo!, y no he podido raptarle uno solo de los convoyes de dinero que les enviaba, ¡cadajo!

El Hombre de la Gran Espada, sacudiendo su cigarro quemado, acentuó con fuerza ese juramento que le era familiar, y su parpadeo rápido hizo brotar como relámpagos de sus miradas bravías; pero se repuso en seguida.

—¿Qué se dice en Francia de esta guerra?

—Voy a hablaros con franqueza, mi general.

—¿Crees que mi pregunta tiene por móvil provocar mentiras—?, dijo el Hombre de la Gran Espada Con tono brusco y amenazador, que disimulaba mal su inquieta curiosidad. Los movimientos impetuosos y repentinos que acompañan en nuestros montañeses a

la sucesión de ideas, eran familiares al Independiente, quien replicó con calma y sin dejarse afectar por la imponente severidad del ilustre jefe.

—He oído a realistas decir en Francia que más de un general mejor que tu se encuentra junto a Carlos V, y que eres hombre ordinario dotado de algún talento de organización y de bravura de soldado poco conforme al mando supremo. Te aplican el nombre de advenedizo esos detractores de tu gloria que son refugiados castellanos.

El Hombre de la Gran Espada, a quien el principio de esta confianza había visiblemente entristecido, dejó escapar inefable carcajada al oír la última palabra. Alegremente observó:

—Esos no están todos en Francia. Hay aquí más de uno que me cuenta a mí mismo con imperturbable seriedad los detalles de una refriega a la que no ha asistido. Sus verídicos historiadores les adjudicarán sin duda algún día nuestras victorias, pero no dirán jamás que cuando la sangre de los montañeses corría por el campo de batalla, esos grandes señores estaban agazapados bajo los colchones o se esquivaban a través de los campos olvidando el sombrero que cubría sus testas preciosas. Su abnegación ha arrojado de esta guisa más de un reuma cerebral.

—A los Vascos, noble Guipuzcoano, no les faltarán en adelante historiadores, y la posteridad os rendirá justicia, así como los contemporáneos. Sabed que es V. el héroe de quien más se ocupa Europa.

Un fulgor de orgullo se reflejó repentinamente en el rostro del Hombre de la Gran Espada.

—Vuestra gloria ha provocado hasta la admiración de los sofistas, pero se os reprocha generalmente muertes inútiles.

—¡Muertes inútiles!, —exclamó el guerrero levantándose con una especie de furor en que su alegría estallaba a pesar suyo. Y su mano izquierda, que había involuntariamente cogido la empuñadura de su gran espada, hizo salir a medias de la vaina el brillante acero.

—¡Muertes!, —repitió con el mismo acento y sin sospechar que su aspecto terrible denunciaba crueles instintos. Y la voz del héroe, al principio entrecortada, profirió palabras elocuentes:

—¿No es esta la tierra de nuestros padres? ¿Qué son los cristinos con respecto a los Vascos sino bandidos que vienen a atacar de noche en su cuna al hombre indefenso rodeado de su familia? Han abatido el roble secular de Guernica, han mutilado, degollado... Todo ello debía producirse, y he cumplido con mi deber.... ¿Seremos

nosotros a quienes los Cagotes pretenden superar en civilización? Viana, Estella, Echarri-Aranaz son testigos de nuestra generosidad. Si algunas muertes han enrojecido nuestras manos, hay que culpar de ello a Quesada, que fué el primero en dar carácter feroz a la guerra. ¿Por qué arrojaba a los Vascos la muerte como un desafío? Ellos dieron el ejemplo; nosotros fuimos los primeros en abstenernos después de haber demostrado a Europa que los Navarros se exaltan en las calamidades y que no se sacrifican nunca al miedo.

Y acercándose al Independiente, el Hombre de la Gran Espada reprimió la energía de su gesto y prosiguió en tono persuasivo y paternal:

—Tu viste a esos prisioneros cristinos palidecer ante la muerte que les preparaban mis jóvenes voluntarios; adjuraban cobardemente de sus sentimientos políticos; su aspecto suplicante pedía gracia y sus bocas pedían alistarse a nuestro lado, mientras lo desmentían en el fondo de su corazón. No es así como el Navarro y el Vizcaíno saben morir; marchan altivos y desdeñosos, semejantes al halcón herido que chasquea su pico cortante y se arma de una mirada más intrépida. ¡Cuántos han sido fusilados! Ellos mismos ordenaban el fuego presentando a las balas su pecho desnudo para caer a los gritos de ¡vivan los Fueros!, ¡viva Carlos V! (31).

El Hombre de la Gran Espada se volvió a sentar y, alzando su boina rural, descubrió noble frente que el otoño de la edad había en parte despojado de cabellos. Encendió otro cigarro y fumó inclinado sobre sus rodillas. Toda señal de emoción fuerte había desaparecido de su rostro, y su misma gravedad ofrecía un matiz de bondad y de algo sencillo y agreste en sus maneras, recordando la actitud patriarcal del viejo Labortano.

—He leído, —le dijo—, tu folleto *Biskaien* y, aunque poco diestro en literatura, he encontrado en ese escrito la energía conveniente; pero te desearía mejor recomendación que esa para el Cuartel Real.

—¿Qué quiere V. decir? Los mismos escritores oficiales de Carlos V dan a las provincias vizcaínas el título de repúblicas federadas.

—Sin duda; pero prometes a los pueblos una distribución de ramas del roble de Guernica. Créelo, los realistas de Castilla están medianamente dispuestos a conservar en España el árbol de la libertad. Lo que prefiero en tu impreso es el grito final ¡*Aerio!*

(31) Véase *Un capítulo de la Historia de Carlos V* por El barón de Los Valles (Nota del Autor).

Y el Hombre de la Gran Espada, con la movilidad característica de su fisonomía, haciendo preceder una sonrisa de inteligencia a la más sombría mirada que jamás brotó de sus ojos, extendió el brazo repitiendo aquel grito bravío. Enseguida, recobró su aspecto ingenuo de hombría de bien y volvió a fumar acompañando a sus palabras con ligero balanceo de cabeza.

—¿Es conocida del Cuartel Real tu permanencia en medio de la Junta?

—Un despacho del ministro-secretario requirió ya explicaciones acerca de los motivos de mi viaje, prohibiendo presentarme sin orden en el Cuartel Real. Les he respondido que vine a recoger notas para la historia de la insurrección, y que el móvil exclusivo de mi viaje fué siempre dirigirme directamente junto a V. para seguir a mi costa los acontecimientos de la campaña.

El Hombre de la Gran Espada extendió su mano hacia el cielo:

—Mira cómo brilla la luna sobre nuestras cabezas; así iluminaba antaño las fiestas nocturnas del IAO eterno y las danzas religiosas de nuestros abuelos. El astro de las tumbas (*Ilargia*) no habrá completado los dos cuartos cuando recibirás orden de abandonar Navarra. Harás bien en salir inmediatamente.

Y sin permitir que insistiera sobre ello, el Hombre de la Gran Espada prosiguió con énfasis:

—¡Maldición! «La bayoneta navarra se hará célebre como la antigua hacha de armas de los Vascones». ¿Sabes tu, joven, que en el momento en que pronunciabas esas palabras proféticas por medio de tu escrito, no poseía yo más de quinientos voluntarios alrededor de mi enseña? Pero cuando este puñado de bravos, lanzando aullidos terribles, se precipitaba bayoneta en mano sobre las columnas enemigas, se les hubiera creído lobos hambrientos de carnaza.

—Decid más bien chacales, mi general, y rejuveneceríais la comparación que un célebre poeta árabe aplicaba otrora a los infantes de Mitarra.

—Mis voluntarios montaban la guardia delante de mi tienda, en mangas de camisa y los pies desnudos, con un frío de los más rigurosos. Nos faltaban prendas de vestir; eran raras las municiones; nuestras armas era menester arrancarlas sangrientas de manos del enemigo. Yo esperaba a los cristinos por las desembocaduras de los valles. Sus cabezas de columnas no han podido nunca resistir el ataque impetuoso de los montañeses. He calculado que de cada

veinte cristinos puestos fuera de combate, quedaban en el campo de batalla unos doscientos fusiles, que pasaban a manos más dignas de llevarlos, y entonces volvía a los montes para distribuir entre nuevos combatientes estas armas conquistadas.

—Y los mentirosos boletines de los cristinos, pomposamente expuestos en las hojas parisinas, no dejaban de presentarnos en fuga.

—Los Vascos no huyen nunca, —añadió el Hombre de la Gran Espada—, pero los principios de la guerra les permiten elegir la hora y el terreno que deban asegurarles la victoria. La hora ha sonado, joven patriota, y el campo de batalla está presto. No habréis aún entrado en París cuando todas las fortalezas cristinas caigan en mi poder. Después, los asedios de Bilbao y Pamplona. Reina, el bravo, el sabio, organiza mi artillería, y haré fundir si es preciso todas las campanas de nuestras iglesias para tener cañones.

—¿Cuáles serán los frutos del triunfo? ¿Ha calculado V. todas las consecuencias, mi general?, —dijo el Independiente sosteniendo por vez primera la mirada imperiosa del Hombre de la Gran Espada.

El guerrero, envolviéndose en su capa, se levantó lentamente:

—Voy a contestar a tu pregunta, joven: aunque Francés, ¿no eres de nuestra raza, y no debo dar cuenta de los destinos de la patria a todos sus hijos? El primer beneficio de esta guerra será haber librado nuestras regiones de una exuberancia de población que las amenazaba con hambre próximo, Puesto que no ignoras que, relativamente a su extensión, el País Vasco es el mejor poblado de toda Europa.

—Prueba de la dicha de que disfruta a favor de una administración sabia y de suave libertad, dijo el Independiente.

—Desde hace medio siglo la Vizcaya embarcaba cada año para América mil doscientos o mil quinientos de nuestros jóvenes, de los cuales las tres cuartas partes perecían sobrepujados por la miseria y el trabajo. La guerra reemplazará durante algún tiempo esas emigraciones. En cuanto a mí y en cuanto a mis hermanos de armas y miembros de las Juntas, principales actores de una insurrección sin ejemplo en la historia, nuestros laureles se hallan prestos, trenzados por manos castellanas. Hemos hecho en su favor el milagro de Josué; las aguas han retrocedido hacia su manantial, mientras nosotros rechazábamos delante de ellos con brazo de hierro la revolución de un gran pueblo. Este poder de que se hallan ávidos, esos frutos de nuestro triunfo que ellos van a recoger, los disfrutarán un día, día fugitivo que dará término a la tempestad, aunque hay

hombres que no se despojan jamás de sus instintos. Su implacable envidia está de acuerdo sobre este punto con la política constante de la monarquía de Fernando, y nos guardan como recompensa el destierro, el calabozo, el hierro o el veneno.

Y los ojos del Hombre de la Gran Espada brillaron con resplandor extraordinario, y una sonrisa amarga contrajo su labio mudo. Fué una transición penosa en la explosión de su jovialidad irónica. El Independiente retorció sus manos.

—¡Oh!, —exclamó—, el montañés ha recibido de la naturaleza un alma franca, noble corazón con la pasión por la gloria y la libertad. Por etapas, ciudadano, soldado y mártir, ¿cuándo unirá a su indomable energía la superioridad de la inteligencia y de las luces? Hoy la ambición extravía a los jefes de los hijos del valle, el espíritu de error y de división les domina, y los héroes de mi país, cuyo sable fija los destinos de España, son aún, instrumentos que la mano de un anciano o de una mujer pueden romper.

El rostro frío del Hombre de la Gran Espada, sus bigotes caídos, conservaban la inmovilidad de la muerte, dibujándose fúnebres pensamientos en sus ojos.

—Es muy cierto, —dijo—, que los mejores oficiales opuestos por Cristina a la insurrección del Norte son Vascos: Espoz y Mina, Jáuregui, Iriarte, Oraa, Guerra, etc.

—Y tú, a quien la aclamación de los montañeses hizo su generalísimo; tu, cuyo brazo pudo alzar tan alto el pabellón nacional, no podrías....

—No, —interrumpió el Hombre de la Gran Espada, cuya fisonomía volvió a tomar gradualmente su más noble expresión de audacia y de serenidad—; no, porque los tiempos marcados no se han cumplido todavía. Espera y consuélate. ¿Qué importa, mientras tanto, que nobles víctimas sufran su destino? Mi estrella es sangrienta; cualquier muerte me será hermosa; una vez vencedor, puedo sufrir todo, pues habré hecho bastante para conseguir mi gloria. Nuestra raza, demasiado tiempo sepultada en sueño litúrgico, ha despertado a mi llamamiento, aliándose digna del papel excelso que le preparan grandes acontecimientos. He fraguado ante ella el camino del porvenir.

Y el Hombre de la Gran Espada se exaltó al hablar, y su frente se iluminó en la sombra, como esas imágenes de santuario que reflejan misteriosos resplandores.

—Nuestra sangre; derramada en los combates, hará nacer en

los montes una generación de héroes. Testigos de las lágrimas de la patria y de nuestras heridas, nuestros hijos, mecidos con cantos guerreros, alimentarán en sus corazones el odio inextinguible de la opresión y se reunirán como hermanos en torno del roble de la libertad, enarbolando la bandera de la liberación; y cuando su invencible falange guiada por la estrella brillante de Aitor, se precipite en la baraúnda de los pueblos, se la verá como al rayo surcando el horizonte.

Y en tanto que, bardo y profeta, el guerrero de la montaña dejaba vibrar así su voz bronceada, el brazo poderoso permaneció algún tiempo extendido hacia el joven fascinado, cuyo débil cuerpo se agachaba como bajo el imperio de una tracción magnética. Y sobre el horizonte de la colina en que se erguía el gigante, el *Vidente*, vencido por la ilusión, creyó verle alejarse y engrandecerse hasta alcanzar el cielo con su cabeza sublime. Ahí, semejante a la sombra de Odin, evocada por los Escaldas, o a la más antigua de Aitor, que aparece, a veces ante los bardos pirenaicos, la visión, inmóvil durante un instante, descendió lentamente hacia tierra para desaparecer con la realidad.... El Hombre de la Gran Espada acababa de descender por la falda de la colina. La luna, derramando sus rayos por un intersticio de nubes, aún alumbraba en aquel momento el banco de peña en que el héroe se sentó y el cerrillo donde habló de pie antes de marcharse.... El encanto se había disipado; el prestigio, roto; el Huérfano, encorvado al borde de la eminencia, escuchó el ruido de un paso fuerte y mesurado que resonaba en el fondo de la cañada; después, el «¿quién vive?» de un centinela, al cual la palabra vibrante del jefe respondió «¡España!»; pero cuando el voluntario añadió más bajo «¿qué bandera?», el atento oído del Huérfano no pudo distinguir más sonido que un vago murmullo, el de los vientos....

La noche alcanzaba la mitad de su curso; una nube espesa, imitando las formas de un cocodrilo negro, se extendía por el firmamento como para devorar a la luna; el disco plateado pareció agitarse sin poder deshacer el encanto de la sugestión; su resplandor se hizo más vivo durante un instante, para apagarse gradualmente sumergiéndose en la espesura de las nubes; los montes se cubrieron de tinieblas, mientras un fulgor blanco serpenteaba entre sus masas titánicas: era la ruta de Pamplona a Tolosa. Pronto las campanas de Allí y Lecumberri sonaron la media noche; el tintineo del bronce fué seguido por redobles de tambores; el murmullo de los vientos

se unió a aquel tumulto; los fuegos de los vivac brillaron animándose con el más vivo resplandor; y, de altura en altura, la voz de los centinelas acompañada por el eco, repitió el grito de vigilancia *¡alerta!, ¡alerta!*

El Huérfano, cautivado durante un instante por la magia de este cuadro, corrió a recoger de la hierba su tabuco, humedecido por el frío rocío, y volvió a tomar pensativo el camino del villorrio en que se hallaba la Junta de Navarra, y pocos días después la ruta de Francia. No olvidaré en mi vida la noche de Lecumberri. ¡Memorias que no se borran han grabado profundamente en mi espíritu los detalles de aquella entrevista misteriosa, porque el Independiente de que se trata en este capítulo, era yo, y el Hombre de la Gran Espada, *Zumalacarregui!*

«MARTIN DE ANGUIOZAR» traduxit

San Sebastián.